

La tela de araña

por CHESTER KING

FBI



CHESTER KING

LA TELA DE ARAÑA



PRINTED
IN
SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 25. Una ciudad abierta (4). |
| 2. La hora gris (4.ª ed.) (1). | 26. Horas trágicas (7). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada (3). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 28. Doctor X (1). |
| 5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3). | 29. El coloso de hierro (6). |
| 6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1). | 30. Trampas mortales (5). |
| 7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2). | 31. Contrabando funesto (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 32. Nueva York-San Francisco (7). |
| 9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4). | 33. Entre rejas (1). |
| 10. La redada (2.ª ed.) (5). | 34. Muerte en el Caribe (6). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 35. Secuestro (5). |
| 12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2). | 36. El dueño del mundo (4). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano (7). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6). | 38. Filibusteros modernos (2). |
| 15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7). | 39. Palestina en llamas (3). |
| 16. Tánger (3.ª ed.) (1). | 40. La ley del terror (8). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 41. A la desesperada (5). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 42. La promoción de la muerte (6). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 43. Tinieblas (1). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 44. Espías en la noche (2). |
| 21. El delator (6). | 45. Fidelidad (6). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 46. Sin cuartel (7). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 47. Armour, expulsado (5). |
| 24. Persecución (5). | 48. La huida de Varka (3). |
| | 49. La Maffia (1). |
| | 50. Ala-ka, final de ruta (8). |
| | 51. Tras el telón de acero (6). |
| | 52. Gangsters de guante blanco (9). |
| | 53. ¡Acusado! (7). |
| | 54. Misterio en Viena (5). |
| | 55. El genio del mal (8). |

- 56 Hombres armados (10).
 57 Pavorosa elección (5).
 58 La bestia escarata (3).
 59 Huellas de ultratumba (1).
 60 S O S (8).
 61 Billetes malditos (3).
 62 Camino de perdición (12).
 63 Camaradas enemigos (3).
 64 A la deriva (6).
 65 ¡Odio! (1).
 66 Cita de madrugada (3).
 67 Killers a sueldo (5).
 68 Muerte en el atardecer (4).
 69 Lump-Garou (3).
 70 Punto final (5).
 71 Mirad a las sombras (3).
 72 Entre esas brumas (5).
 73 Tortura (13).
 74 El confidente (3).
 75 Terror (5).
 76 El fin de Roux (5).
 77 El vengador negro (1).
 78 ¡Códice! (8).
 79 Sentencia (6).
 80 Secreto de Estado (4).
 81 Alas aluggas (5).
 82 Hora de (3).
 83 Carne de hombre (4).
 84 Tráfico negro (6).
 85 Luk el Invenible (1).
 86 Rastros perdidos (6).
 87 Contrato siniestro (3).
 88 Traición sangrienta (14).
 89 Al borde del abismo (5).
 90 Crimen y justicia (1).
 91 Homores sin alma (3).
 92 ¡Sahotajel (8).
 93 La marca trágica (5).
 94 Misión suicida (4).
 95 Lucha a muerte (5).
 96 Rebelión (3).
 97 Hampa de frac (1).
 98 Caza mayor (4).
 99 La muerte falsifica dolares (15).
 100 Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
 101 De Harvard a Quantico (16).
 102 El asfalto es rojo (5).
 103 Tragedia en Chinatown (14).
 104 Soborno (3).
 105 Vida en deuda (17).
 106 Aguas turbulentas (4).
 107 La araña verde (8).
 108 Contrainteligencia (18).
 109 Niches de Nueva York (5).
 110 Aniquilados (19).
 111 La risa sardónica (3).
 112 Chantaje (4).
 113 Canon de protección (20).
 114 El misterio de los locos de aire (21).
 115 El hombre de Whitechapel (5).
 116 Al llegar la noche (8).
 117 Ciudad vertical (22).
 118 Hombres y bestias (1).
 119 La máscara (3).
 120 Destino manda (23).
 121 Sin esperanza (4).

EN PREPARACION.

Una sombra...

AUTORES

- | | | |
|-------------------|--------------------|-------------------|
| (1) All Manz | (10) Jack Brooklyn | (18) Jack Gray |
| (2) Fred Barker | (11) Thomas Settle | (19) Edgar Fera |
| (3) Frank McFadyr | (12) John Nidal | (20) André Sun |
| (4) Eddie Thorny | (13) Thomas Wanst | (21) Fel Warty |
| (5) O C. Tavin | | (22) Dana Yonell |
| (6) Alar Benet | (14) F. N. Graw. | (23) Al Gallard |
| (7) A. G. Murphy | (15) Robert Deaf. | (24) Chester King |
| (8) Lewis Haroc | (16) Alan Carson. | |
| (9) J. L. Martin. | (17) Alu Cortroa. | |

DEDICATORIA

A Nicolás Miranda Marín, excelente escritor y mejor amigo, muy cariñosamente.

I

AUDACIA EN LA SOMBRA



ESDE la escalinata de acceso a la galería superior, con gesto inquieto y nervioso, Dick Meison miraba escrutadoramente el amplio salón de baile. Su rostro varonil, de rasgos enérgicos y duros, no exentos de estética armonía, reflejaba su irreprimible impaciencia, que le hacía consultar frecuentemente su magnífico reloj de pulsera.

Convencido, al fin, de que la hora convenida había pasado con exceso, sin la llegada de la persona que indudablemente esperaba, descendió con viveza al salón y penetró con ímpetu en su lujoso despacho.

El Unión American Club se hallaba en plena fiesta, invadido por un público elegante, heterogéneo y optimista, que bailaba despreocupadamente.

Afuera, en la calle, Nueva York se envolvía en un manto de estrellas. El cruce del refulgente Broadway con la Sexta Avenida, a dos pasos del Club nocturno, mostraba su espléndido joyel de luces y colores, en un alarde orgulloso de su poderío comercial.

A aquella hora, nueve de la noche, el intenso tráfico rodado ponía su infernal contrapunto de ruidos y cabrilleos en la vorágine de tan subyugante paraje urbano.

Dick Meison se movía nerviosamente en el sillón giratorio, tras la mesa del despacho, con el auricular del teléfono pegado al oído. Por fin, una voz lejana inquirió:

—¿Eres tú, Dick?

—Sí, yo soy. ¿Por qué no has venido?

—Porque Mitchell no ha logrado todavía el vaciado del cierre automático. El vigilante pasea sin cesar y se hace muy difícil el trabajo.

—No quiero excusas, Mac. Necesito esas huellas dentro de una hora. No puedo aplazar el golpe y ha de ser esta madrugada. Tú verás lo que haces, pero ya conoces mis métodos...

—Bueno, Dick, no te enfades. Iremos enseguida.

—Aquí espero.

Meison, prototipo del más audaz «gansterismo», producto integral de los bajos fondos neoyorquinos, era el jefe indiscutible e indiscutido de la banda que tenía aterrorizado al distrito de Brooklyn.

Alto, de atrayente presencia y complexión robusta, correcto, atildado siempre, enfundado en su elegante «*smoking*», dúctil e insinuante, tenía una acusada personalidad que se imponía a todos.

Dotado de inteligencia nada común y de una sagacidad y audacia sin límites, era el árbitro verdadero del hampa delincuente, que le temía, más que le respetaban, por su fría crueldad y violentas reacciones.

Dueño del Unión American Club, en él tenía su sede la banda. Pero el genio diabólico de Meison iba más allá de la pingüe explotación del lujoso Club nocturno y de su jefatura del grupo de «gángsters».

El establecimiento era centro y eje de una vasta red de espionaje. El correcto negocio le servía para su provecho y para encubrir sus manejos políticos, a la par que ejecutaba sus golpes audaces, meticulosamente planeados. Sólo un cerebro como el suyo, y la suerte, que aún no le había abandonado, podían mantener tan peligroso equilibrio, llenando su caja de caudales.

Dick, terminada la breve conversación telefónica, salió del despacho y penetró de nuevo en el salón, repartiendo sonrisas y frases ingeniosas, fomentando su gran popularidad en aquel mundillo frívolo y elegante.

La orquesta remarcaba melodiosamente las evoluciones del «ballet» que actuaba en el escenario, en una pausa del baile, mientras Suzy, la estrella del conjunto, trenzaba maravillosos giros coreográficos, entre un verdadero alarde de luminotecnia y escenografía.

Con paso firme, Meison se dirigió a la «barra» del bar, en la pieza contigua, y pidió un «whisky» sin soda, que apuró de un trago, mientras avizoraba con su mirada de lince la entrada al vestíbulo, que dominaba desde su taburete.

Al cabo de media hora, tres sujetos, aparentemente inocuos, irrumpieron en el Club, encaminándose directamente al despacho privado de Dick, por una puerta excusada en el pasillo de acceso al salón. Instantes después, el jefe del «gang» recibía de manos de Mac Wilkes, su segundo y su «doble», por el extraño parecido entre ambos, el molde tan deseado.

—Bien, Mac; así me gusta. Llévalo al taller y dile a Wade que quiero las llaves dentro de tres horas. Y avisa a los muchachos que vengan inmediatamente.

—Todo está a punto —recordó Mitchell—, pero no olvides que la caja fuerte está protegida por un doble circuito electrónico; para neutralizarlo necesitaré no menos de veinte minutos, y la ronda armada inspecciona los relojes de control cada cuarto de hora.

—Tú eres el técnico y yo el jefe. Cuídate de operar con presteza y déjame lo demás.

Salieron, y al cabo de un rato el teléfono sonó estridente. Mac reclamaba al «boss», que, tras golpear tres veces el micrófono con la plegadera de plata, indicando el punto secreto de concentración, salió del despacho, seguido por una aureola de saludos.

Cinco minutos después, la banda, en la cámara acorazada del Club, escuchaba sin perder un ápice las instrucciones tajantes de su jefe.

—Bill conducirá el «Packard» blindado, que se situará en la zona oscura de Barrow Street. Le acompañarán Buck, Howard y O'Malley,

para cubrir el estuche de gases fumosos.

—¿A qué hora? —preguntó Bill.

—A las cuatro en punto de la madrugada.

Los demás saldremos de aquí a las tres y media, con el «Daimler» grande, que conduciré yo. Ya sabes que me gusta la puntualidad. Y no olvides el equipo técnico, Mitchell. Tú, Owen, encárgate de las armas, de los guantes de goma y del calzado sordo.

—¿Nada más?

—Nada más. Hasta luego.

Al quedarse solo, Dick subió a girar su última visita al Club, tomó un refrigerio y, convencido de que todo funcionaba perfectamente, entró en su despacho, extendió una «chaise-longue», oculta en el muro, y en pijama se echó a descansar, ahuyentando el sueño con un cigarrillo tras otro, como acostumbraba en los días de «faena».

Al filo de las tres, se incorporó decididamente y, como transfigurado, se irguió, cobrando una nueva personalidad, seguro de sí mismo, retador y dominante, con todos sus músculos en tensión.

Después de lavarse tranquilamente, se equipó en cinco minutos, y de tal guisa, que nadie hubiera reconocido en su atuendo al fino, obsequioso y popular Dick Meison.

Momentos después, toda su gente, con puntualidad digna de mejor causa, se hallaba en la cochera esperando a su jefe. Éste les pasó revista de una ojeada y, sentándose al volante, dio con un significativo ademán la orden de partida. Silenciosamente subió el cierre metálico del garaje, obediente al resorte pulsado, y el vehículo, como una sombra, se deslizó por el asfalto de la avenida, hasta la empalizada del jardín, cuya puerta se abrió automáticamente al pisar las ruedas delanteras del coche la plancha metálica situada a unos pies de la salida.

Los cinco ocupantes, cada uno encargado de una misión

específica, avizoraban silenciosos el exterior, rumiando sus siniestros pensamientos, como flecha tensa en el arco, pronta a dispararse a la voz de mando.

Las oficinas de la poderosa razón social Goodman & Co., vanguardia de la fabricación de rodamiento a bolas y cojinetes de acero, eran en esta ocasión la presa elegida por los buitres del «gang». Al cabo de tres meses de paciente y sagaz investigación, la banda conocía palmo a palmo sus instalaciones y sus secretos de defensa. Aquel viernes se hallaba preparada, en la caja fuerte, la tentadora suma de 60 000

dólares, para el pago de sueldos y jornales al día siguiente.

El edificio, situado en la confluencia de Barrow Street con la calle Greenwich, era solamente vulnerable por las escotillas del alcantarillado, en comunicación con la cueva de desagüe del inmueble. Favorecía la maniobra la zona oscura que producía la espalda del edificio, en la esquina con Washington Street.

En una rápida maniobra, sin una sola palabra, al llegar el vehículo al punto convenido, cuatro de sus ocupantes echaron pie a tierra, y el quinto pasó a ocupar en el «baquet» el lugar de Dick, custodiando el coche.

Mac Wilkes, Mitchell y Taylor, con Dick a la cabeza, penetraron, tras breves esfuerzos, por la escotilla, que Taylor cerró de nuevo, quedando bajo su custodia para asegurar la maniobra de repliegue; y los demás, con ayuda de sendas linternas, recorrieron en pocos instantes la galería subterránea, hasta el portón de acceso a los sótanos, cuyo blindaje había sido convenientemente calculado para la potencia del soplete oxhídrico, que Mitchell manejó con pasmosa destreza, haciendo saltar el pasador y los goznes en pocos minutos.

Franqueada la entrada, Dick se dirigió rápidamente a la galería de comunicación con la cámara acorazada, mientras Mitchell se disponía a comenzar su delicada faena, y Mac le guardaba la espalda.

Dick dominaba perfectamente la cabina de señales, en la que el retén armado vigilaba los aparatos de control cada cuarto de hora, en cada relevo de la ronda para el cambio de zonas.

El vigilante de turno, con el fusil ametrallador en la bandolera,

giraba en aquel momento sobre sus pasos, al final de la galería, a tres metros del machón de carga que a Dick le servía de escondite. A un leve parpadeo de su linterna sorda, Mitchell franqueó la cámara con las llaves preparadas y, en un verdadero alarde de pericia, neutralizaba en un santiamén el circuito electrónico de la caja fuerte. Ésta se abrió, mostrando sus entrañas repletas de papel moneda, que el «gángster» vació, presuroso, en el maletín, con sus manos enguantadas de goma.

Uniéndose a Mac, emprendieron la retirada, pero éste, inopinadamente, resbaló y dejó escapar la linterna que, al tocar el pavimento, produjo un ruido que, sin duda, amplió como caja de resonancia la bóveda del sótano.

Inmediatamente se oyó el agudo silbato del vigilante, a cuyo conjuro estalló en el edificio, como un eco mágico, la réplica escandalosa de los demás silbatos del retén, lanzado hacia el lugar de la alarma, mientras se daba aviso al Departamento Federal de Policía y al cuartelillo más próximo.

Meison soltó una maldición, y con un salto felino, en instantánea reacción, se colocó tras la pilastra que antes le protegía, a la vez que ordenaba a Mitchell (inutilizado para la defensa, ya que portaba los dos maletines con el equipo técnico y el producto del robo) que emprendiera la huida.

—Al coche, Mitchell; aprisa. Y tú, tápate, Mac.

La ametralladora de Dick vomitó su primera andanada de plomo, y el vigilante que había dado el toque de alarma, cayó como fulminado por el rayo. Las luces alumbraron la trágica escena, y una ráfaga de plomo pasó rozando el hombro de Meison. Los dos bandidos, replegándose de columna en columna, mantenían a raya a la guardia, que había de avanzar despacio, cubriéndose del mismo modo a través de la galería que desembocaba en el portón.

De pronto, Mac, que se hallaba ya casi al final del trayecto, vio surgir a su derecha, por un escotillón hábilmente disimulado en el muro, a dos vigilantes que intentaban cortar la retirada. Su Thompson se le escapó de las manos, a la vez que sentía un dolor agudo en el brazo. En un rápido escorzo, Dick se situó a su lado, gritándole:

—Déjame solo; no te detengas.

Con diabólica precisión dio en tierra con el vigilante más

avanzado, y, de un salto prodigioso, ganó el portón, deslizándose por el oscuro subterráneo. La escena fue como un relámpago.

Apenas llegó al coche, éste salió disparado, cuando las sirenas de la Policía rasgaban el aire de la madrugada, al llegar a la fábrica. Los dos coches del «gang» doblaron como una exhalación por Morton Street, para salir a la Séptima Avenida y a poco, los cierres de la amplia cochera, caían, silenciosos, borrando todo vestigio del último raid nocturno de la banda de Meison.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

II

MISION DE GUERRA



L Inspector Fred Sullivan se hallaba en uso de licencia, saboreando su bien ganado descanso junto al lago Ontario, en la espléndida finca de su padrino, el senador míster Hellis.

La exuberante naturaleza que le rodeaba era como una caricia sedante, que se le metía en el alma, relajando sus músculos y templando sus potencias y sentidos.

Dejándose ganar por el encantador paisaje, se sentía como ausente de sí mismo, viendo resbalar las horas en una inactividad que, a ratos, le parecía culpable. Su enorme capacidad de trabajo, su voluntad de hierro y su acostumbrado dinamismo, se hallaban

como adormecidos, en una entrega total ante el sortilegio de aquel paraje de égloga, que le envolvía y le anulaba con fuerza irresistible.

Espíritu fuerte, superdotado, apto para toda clase de empresas, pronto despertó de su sueño, sacudiendo su marasmo y añorando las jornadas de lucha, mal avenido con aquella molicie, que era la antítesis de su temperamento combativo.

Con una brillante hoja de servicios, soltero, fuerte y dinámico, el inspector Sullivan, con sus treinta y ocho años, era un funcionario modelo, muy querido en el Federal Bureau of Investigation.

Una mañana, pocos días antes de finalizar su licencia, recibió un lacónico despacho telegráfico:

«Resérvole servicio especial término vacaciones.

Saludos. —*Hoover*».

Sullivan leía y releía el despacho, y las seis letras de su firma se iban estereotipando en su cerebro, como grabadas a fuego. Tal era su asombro ante el honor que el jefe supremo, el genial Director del F. B. I.,

le confería con aquella llamada, pues a tanto equivalía su habilidosa e insinuante comunicación.

Sin pensarlo un instante, como sacudido por una corriente eléctrica, preparó su equipaje y tomó el primer avión para Washington, renunciando con una alegría infantil al resto de su licencia y a las delicias de aquel trasunto de la Arcadia.

A las pocas horas se hallaba en el antedespacho de su Director, lleno de impaciencia.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Al penetrar en el amplio gabinete de trabajo, dorada cárcel y laboratorio a un tiempo, en el que el cerebro genial del jefe supremo producía la alquimia de sus maravillosas concepciones, el propio J. Edgar Hoover salió a su encuentro con una ancha cordialidad; y, tras un vigoroso apretón de manos, le invitó a sentarse a su lado en una butaca.

Sin circunloquios, con el estilo tajante semicastrense de su mayor agrado, el Director dijo a Sullivan:

—Le esperaba, inspector. Estaba seguro de su reacción y de que acudiría antes de agotar su licencia. Me alegra comprobar que no me equivoqué.

—Sólo deseo servir al

F. B. I.

y hacerme digno de su confianza.

—Gracias, muchacho. Le necesito para una delicada misión especial que requiere las condiciones que en usted concurren, y que ha de poner a prueba en este peligroso cometido.

—Estoy a sus órdenes.

—He aquí el caso: Tengo confidencias que afianzan mis vehementes sospechas de que el Unión American Club, de Nueva York, es un nido de «gángsters» y, lo que es peor, centro de una vasta red de espionaje internacional. Tenemos que descubrir la verdad y limpiar este foco de delincuencia, si es que realmente existe. Pero se trata de un club distinguido, frecuentado por relevantes personalidades, bien relacionadas en los medios políticos, y es necesario actuar con inteligencia y cautela para no errar el golpe. Le conozco bien, Sullivan, y estoy seguro de que es usted la persona indicada para este servicio. Pida cuánto necesite y tómese el tiempo que juzgue preciso. La clave del caso será «equis tres»; no lo olvide. Buena suerte.

Levantándose, el Director estrechó su mano y puso fin a la entrevista.

Fred Sullivan salió del despacho y se dirigió a su departamento, un tanto preocupado; no era fácil la empresa y, sin embargo, la consigna secreta espoleaba su cerebro con creciente sugestión.

Inmediatamente pasó al archivo y dio comienzo a las tareas preliminares de todo servicio, documentándose concienzudamente sobre la existencia legal del club neoyorquino. Ya sólo faltaba trazar el plan de combate, sobre el mismo campo de operaciones, al dictado de sus descubrimientos, para lo cual emprendió al día siguiente su marcha a la isla de Manhattan.

Dick Meison, sorprendido por el arte, belleza y simpatía de Fanny Calvert, cortó en seco la prueba privada a que la estaba sometiendo.

—Basta —indicó, dirigiéndose a la orquesta—. Me gusta y queda contratada. Mañana anunciaré su debut al frente del «*ballet*».

—Creo que no se arrepentirá, señor Meison —dijo Fanny con la mayor naturalidad, disimulando su alegría por el ventajoso contrato

en un escenario tan codiciado como el del Unión American Club.

Aquella mañana, Meison había rescindido su compromiso con Suzy, disgustado por las frecuentes sustituciones a que, en las últimas semanas, le obligaba el estado de salud de la artista, resentida de una lesión cardíaca que creía curada. El prestigio del Club exigía un espectáculo de máxima calidad, y esta situación anómala no podía prolongarse.

La visita de Fanny Calvert, informada del cese, pretendiendo aquel puesto, y el satisfactorio resultado de la prueba privada, devolvieron a Dick el buen humor, obsequiando al elenco con su habitual esplendidez y campechanía.

El debut de Fanny no pudo ser más apoteósico. Su brillante actuación constituyó un verdadero suceso, comentado elogiosamente por el mundo elegante, asiduo concurrente al Club de Meison.

Al cabo de una semana, sus salones eran insuficientes para albergar a tan selecto público, en el que predominaban extranjeros, políticos y diplomáticos.

A las pocas noches, en una mesita situada en un ángulo del salón, junto a la puerta de entrada, un caballero de porte distinguido, y cuya juventud contrastada con su soledad y silencio, observaba atentamente, aunque con aparente displicencia, cuanto le rodeaba.

Fumando un cigarrillo tras otro, miraba alternativamente al escenario y a la sala, como si fuera extraño a cuánto acontecía a su alrededor. Pero su gesto distraído, insociable, sólo era la máscara de una táctica preconcebida, que encubría, sin duda, una doble personalidad.

Aquel personaje enigmático llevaba más de una hora sin abandonar su asiento. Súbitamente se animó su rostro, y, haciendo una seña al camarero, que pasaba junto a su mesa, exclamó:

—¿Tú, aquí, Jim? ¿No me conoces?

El interpelado, tras una momentánea vacilación, inquirió a su vez:

—¿Cómo, señor Sullivan, qué sorpresa! ¿Cómo se encuentra?

—Bien, ¿y tú, Jim?

—Ya lo ve, perfectamente. ¡Cuánto me he acordado de usted! Y de míster Hellis, por supuesto.

Jim O'Hara, ayuda de cámara, mayordomo y confidente, todo en una pieza, hasta su matrimonio, del senador Edwyn Hellis, padrino de Sullivan, conoció al inspector siendo muy joven, cuando estudiaba leyes en la Universidad de Columbia, y durante las breves temporadas que pasaba en casa de su padrino, simpatizaron mutuamente, profesándose verdadero afecto, como dos buenos camaradas, pese a su distinta posición social.

Fred Sullivan, de carácter abierto, expansivo y noble, supo apreciar las condiciones de honradez y fidelidad del buen Jim, que, sin merma del respeto y consideración que le debía, fue siempre su velador y cómplice cariñoso para obtener de su padrino cuantas mercedes pretendía, no sólo por el ascendiente que ejerciera sobre el honorable míster Hellis, sino también por la privilegiada habilidad con que sabía insinuar en su mediación.

La presencia de Jim en el «*night-club*» fue para el inspector un valiosísimo hallazgo, que hirió su cerebro como un rayo luminoso, dispuesto a aprovechar instantáneamente sus buenos oficios.

—Bueno, Jim; no sabes cuánto celebro verte de nuevo, después de tanto tiempo. Y como no quiero entretenerme en tu trabajo, pero tal vez puedas serme útil en un asunto que me interesa mucho, te ruego que no dejes de acudir mañana a mi casa, para charlar un rato. Aquí tienes mi dirección —dijo, entregándole su tarjeta—. ¿Qué hora será mejor para ti?

—A las doce de la mañana estaré en su casa; no faltaré. Adiós, señor Sullivan, hasta mañana.

El inspector, tras el breve diálogo, pidió otro «cocktail» y extendió nuevamente la vista por el salón, con creciente avidez por desentrañar el misterio que en aquel dorado ambiente presentía.

En seguida llamó su atención un tipo hermético y rígido, de escasa estatura, orondo, rubicundo y de faz colorada, que, jugueteando con su monóculo, se comía materialmente con los ojos a la encantadora Fanny, la estrella del «*ballet*». Aunque abstraído en su muda contemplación, apenas advirtió que dos individuos bien portados tomaban asiento a su mesa con la mayor familiaridad, en un movimiento rapidísimo, deslizó, bajo el brazo del más próximo, un sobre doblado, que al instante guardó el recién llegado, cambiando unas palabras con el del monóculo.

A los pocos minutos, ambos desaparecían tan sigilosamente

como llegaron. Pero, al atravesar la cancela del Club, ya estaba Sullivan junto a la portezuela de su coche, un «Buick» «roadster», de color marrón.

Los dos sujetos cambiaron una señal de inteligencia con el portero de librea y subieron a un «Studebaker», azul, emprendiendo veloz carrera, seguidos de cerca por Sullivan, que procuraba, sin embargo, ponerse fuera del alcance del espejo retrovisor.

Al llegar al puente de Williamsburg, que comunica la isla de Manhattan con el barrio de Brooklyn, el coche azul paró en seco en el límite del East River Park, junto a una charolada limousine con los faros de población encendidos. El inspector disminuyó tanto la marcha que, durante unos minutos, mantuvo la distancia lo suficiente para observar que el «Studebaker» emprendía el regreso a Manhattan, y el segundo coche, como si hubiera recibido una misteriosa consigna, enfilaba velozmente el paso del puente hacia Brooklyn.

Sullivan aceleró la marcha, en igual dirección, decidido a descifrar el enigma de aquellas idas y venidas. Al cabo de un rato, la persecución se le antojaba ya excesiva y, al penetrar en la avenida Meeker, aprovechando la soledad del paraje a aquella hora, pisó a fondo el acelerador y, adelantando al vehículo perseguido, hizo un rápido viraje, como si su coche hubiera sufrido una «panne», y quedó casi atravesado en la calle, interceptando el paso de su perseguido, que con un estridente frenazo se colocó a su costado. Con la celeridad del rayo, saltó del «baquet», encañonando con la pistola al solitario ocupante del otro coche.

—Quieto; baje enseguida. Y le advierto que al menor movimiento sospechoso le agujereo el cráneo.

El desconocido, de torva mirada, abrió la portezuela y, al pisar la calzada, se agachó bruscamente para esquivar el arma y, con una habilísima zancadilla, derribó al inspector, al tiempo que caía sobre él como una tromba, propinándole un terrible directo al estómago y pretendiendo engancharle el cuello con sus nervudos brazos. Pero Sullivan, tras el primer estupor por la inesperada agresión, que le hizo soltar el arma, puso en tensión todos sus músculos y, acreditando que no en vano fue campeón de «judo» en la Academia de Quántico, atenazó a su antagonista, incorporó el torso y, en un volteo espectacular, fulminante, le dejó tendido, casi exánime.

Sin darle tiempo a reaccionar, le registró con mano diestra, y del bolsillo interior de la americana extrajo un sobre arrugado, que se guardó precipitadamente, a la vez que le arrancaba un revólver de la sobaquera.

La silenciosa lucha parecía resuelta, pero, repuesto el desconocido, con una nueva zancadilla, logró derribar otra vez al inspector, dándole una terrible patada en el pecho, que le hizo retroceder y retorcerse de dolor, momento que el agresor, desarmado, aprovechó para correr hacia el coche.

Sullivan disparó tan pronto cómo pudo con el revólver del fugitivo; pero éste había ganado el «baquet» y, virando en redondo, salió disparado como una flecha, al parecer sin ningún impacto en su anatomía.

Fred Sullivan, maltrecho, pero contento por la conquista del misterioso sobre, lo abrió, nervioso, a la luz de los faros de su coche, y en una cuartilla leyó con avidez:

«Vaya al aeropuerto de La Guardia y entregue a Peter Frye, piloto del “White Condor”, el adjunto mensaje. —F. K.».

Además, unida con un clip, se hallaba una cartulina amarilla, conteniendo el siguiente texto, indudablemente, en clave:

«París-Hamburgo

22 B.

- H. 4.-Bremen 15 A. 2».

III

PROMETER NO ES CUMPLIR



L día siguiente, a las doce, a poco de salir de la ducha, sin tiempo apenas para ponerse el batín, Fred recibía una visita ´ ansiosamente esperada.

—Adelante, Jim. Siéntate. ¿Qué tal desde anoche?

—Sin novedad, señor Sullivan. Usted me dirá lo que desea de mí.

Antes de entrar en materia, el inspector quiso tener una información retrospectiva de la vida de O'Hara, sondeándole con su perspicacia habitual, para asegurarse de lo que imaginaba, su absoluta buena fe, al margen de cuánto sucedía en el antro de Meison.

—Bien, Jim. Te cité aquí para tener el placer de charlar un rato contigo y reanudar nuestra buena amistad. Ahora, seguro de tu leal correspondencia, quisiera hacerte unas preguntas que te ruego contestes con el corazón en los labios, pues me harás un señalado favor.

—Me intriga usted. Cuente con mi sinceridad.

—¿Cuánto tiempo llevas en el Club?

—Diez meses.

—¿Estás satisfecho? ¿Te consideran y pagan bien?

—Con verdadera esplendidez.

—¿Qué sabes de Dick Meison?

—Que es una persona que a mí me parece extraña. Simpático, generoso y listo. Pero de vida misteriosa, que no he conseguido descifrar. Aunque sólo me importa mi destino y mi bienestar, me intrigan sus idas y venidas, sus conversaciones secretas con individuos de mala catadura, y su familiaridad con algunos clientes bien portados, casi todos extranjeros.

—Muy interesante, Jim. Y dime: ¿conoces la distribución del edificio?

—Perfectamente, excepto el ángulo final del pasillo de entrada, en el que se hallan tres puertas: una, que da a su despacho, y otras dos; siempre cerradas, que deben de tener comunicación con la espalda del Club, en la calle Treinta y Tres.

—¿Has observado si la clientela es habitual; es decir, si concurre frecuentemente, o sólo lo hacen algunas personas de aspecto extranjero?

—Sí; abundan más los tipos de otros países, que acuden casi a diario y derrochan el dinero.

—Pues mira, Jim: abre bien los oídos y no olvides lo que voy a decirte. Ese Club es un centro de espionaje y, además, presumo que Meison capitanea una banda de «gángsters». No pongas esa cara de asombro, que aún no he terminado. Estás hablando con el inspector Fred Sullivan, del

F. B. I.,

y, en nombre de nuestra antigua amistad, solicito tu valiosa ayuda para llevar a cabo la importante misión que se me ha confiado.

—Estoy orgulloso, como todos los norteamericanos, de nuestro maravilloso servicio secreto, y puede usted contar conmigo

enteramente.

—Tu misión inmediata es observar con la mayor atención todos los movimientos de Dick y sus secuaces, de los clientes y de cuántos entren y salgan en el Club. Cualquier dato de interés, me lo irás comunicando con el mayor disimulo; pero fíjate bien en esto: no me conoces y, además, has de esperar a que yo te descubra la nueva personalidad que adoptaré de ahora en adelante.

—Entendido. Y por si le fuera útil, sepa que el capitán Tarleton, de la Policía local, es pariente de mi mujer.

—Estupendo, Jim. Pero silencio, por ahora; no digas una palabra a nadie, te lo ruego. Y nada más.

—Encantado y a sus órdenes, señor Sullivan. Apenas había salido Jim, el teléfono sonó acuciante. Una voz muy conocida recalcó:

—Aquí, Hoover. Operación «equis tres». ¡Magnífico, Sullivan! Hoy mismo recibirá instrucciones reservadas, con la traducción de su mensaje. No me equivoqué. Siga adelante, y mucha suerte.

Sin esperar respuesta, cortaron la conferencia, y Fred quedó un momento pensativo. Recuperó su calma y, al poco rato, se lanzó a la calle.

En la Delegación del

F. B. I.,

tras larga espera, recibió un sobre alargado, llegado en la valija del aeropuerto. Apresuradamente rompió la nema y devoró su contenido:

«División extranjera. —Agente alemán Franz Kuhn, comunica: “Planos avión en mi poder—. Submarino, última prueba, “microfilm”. —Preparo “*Dossier*”—. Científico atómico, labor avanzada. Actúe rápido, prepara fuga”».

Y con membrete del

F. B. I.,

el siguiente texto, aparte: «Vigile llegada Aeropuerto Internacional Alexi Makarov, agente ruso enviado Politburó Moscú, y neutralice misión se ignora».

Como una flecha, se metió en la primera cabina telefónica y diez

minutos más tarde conocía la llegada del avión soviético, anunciada para las seis de la tarde. A todo gas se encaminó al Idlewild Airport, al que llegó cuando el aparato planeaba sobre la pista de aterrizaje.

Un coche de la Embajada esperaba en el aparcadero exterior, y en la pista debía hallarse, sin duda, la persona comisionada para recibir al viajero. En efecto, al cabo de unos minutos, subían al coche dos individuos de inconfundible aspecto. El más alto, un perfecto tipo eslavo, de unos cuarenta y cinco años, rasurado y pulcro, con gafas de carey, portaba una abultada cartera de viaje con las iniciales A. M.

Ocupó el asiento de atrás, y en el «baquet», junto al conductor, se sentó su acompañante. Se trataba evidentemente de Alexi Makarov, que era cuanto Sullivan deseaba saber para su segura localización, por lo que regresó satisfecho al centro de la ciudad.

Por la noche, al penetrar en el Unión American Club, Sullivan buscó el turno de O'Hara, y al servirle el «*whisky*» solicitado, abonó anticipadamente su consumición indicando a Jim, con un discreto ademán, que entre los billetes iba un minúsculo papel, que el camarero leyó al llegar al «office»: «Desde ahora llámame Raoul Bourland, súbdito francés, profesor de la Universidad de París».

Su perfecto conocimiento del idioma de Molière, gracias a la prolongada permanencia en Francia, a que le obligó en otro tiempo una importante comisión de servicio, le permitía adoptar sin infundir sospechas la nueva personalidad supuesta.

Al final de uno de los números coreográficos, Sullivan palmoteó aplaudiendo de tan ruidosa y desagradable manera, que polarizó las miradas de todo el salón, levantándose un murmullo de censura y de vivos comentarios. Él no pareció advertir los efectos de su fogoso entusiasmo; pidió un nuevo «*whisky*» y concentró otra vez su atención en el «*ballet*», repitiendo la escena anterior con más violencia, si cabe, al terminar el cuadro. Entonces, en medio de un épico escándalo, Dick Meison se le acercó sonriente para llamarle la atención.

—Por favor, señor; le suplico que reprima su entusiasmo, para no molestar al resto de los espectadores.

—¿Y quién es usted para llamarme la atención?

—Dick Meison, propietario-director de este establecimiento.

—Pues debiera agradecerme mi efusión, que significa un elogio

a su espectáculo.

—Es cierto, pero me debo a todos mis clientes y he de velar por el decoro de la sala.

—Soy un ciudadano libre.

—Y extranjero, por lo que observo.

—«Oui, *monsieur*. Je suis français, a París» —replicó Fred con viveza, fingiendo la nacionalidad francesa.

—Razón de más para comportarse con mayor corrección en nuestro país.

—No admito lecciones de cortesía, ni de otras muchas cosas, «mon a mí». Guárdese su celo para mejor ocasión, y déjeme en paz, «s'il

vous plaît. Vous etes un effronté!...»[1].

Dick, bajando la voz y dando rienda suelta a sus instintos primarios, barbotó:

—Si repite la escena, aténgase a las consecuencias. No tolero bravatas de nadie, y menos de un insolente francés...

Y dando media vuelta, dejó con la palabra en la boca a su interlocutor. Éste, sentándose con gesto de reto, pidió un nuevo «*whisky*» y esperó el final del próximo número, insistiendo en sus ruidosas manifestaciones aprobatorias.

Instantes después, un camarero, enviado por Meison, se dirigía al exacerbado cliente:

—Caballero, el señor Meison le invita a pasar a su despacho, si es que no le acobarda esta entrevista —terminó con mordaz intención.

—Acompáñeme a la ratonera, obsequioso fámulo —dijo Fred por toda respuesta, en tono despectivo e hiriente, que la estolidez del camarero no percibió siquiera.

Y Sullivan, cuyos proyectos tácticos eran inescrutables para el bullicioso público de la sala, que respiró tranquilo al verle alejarse, atravesó el «*parquet*» y, al pasar junto a la rampa de prolongación del escenario, escuchó la voz queda de la maravillosa Fanny, que, al revuelo de un giro de su danza de velos, le advertía:

—Cuidado con el patrón...

Con las manos crispadas y los brazos cruzados, de pie y recostado en la cabecera de la mesa de su despacho, Dick esperaba la irrupción del extraño cliente. Al cerrarse la puerta, sin cambiar

de postura, Meison exclamó por todo saludo:

—No estoy acostumbrado a estas escenas y soy poco amigo de recurrir a la Policía para que me libre de clientes molestos. Me agrada más imponer mi ley, que es...

—Tan expeditiva cómo remuneradora, ¿verdad, Meison?

—¿Por qué lo dice?

—Porque su guardia de corps, sus guardaespaldas, actúan más eficaz y «discretamente», y así sus asiduos parroquianos de allende las fronteras no se impacientan y distraen sus «laboriosos» ocios plácidamente. Claro que esta eutrapelia la pagan bien, ¿verdad?

—No le entiendo, señor...

—Raoul Bourland, de París. Hablemos claro, Meison. A mí no me arredran los gestos teatrales, ni las amenazas, ni las actitudes jaquetonas, se lo advierto. Pero no he acudido a su llamada, que esperaba, para decirle esto, sino para que hablemos de hombre a hombre.

Dando un paso al frente, Meison, rojo de coraje, iba a estallar con violencia mal contenida, cuando Sullivan le detuvo con un significativo y enérgico ademán.

—Calma, Dick. Óigame y verá cómo nos entendemos. Le necesito y, si me ayuda, no lo perderá. Usted no me conoce, pero yo a usted sí.

Meison hizo un movimiento de estupor, poniéndose en guardia.

—No se inquiete, que no es lo que usted piensa.

—Hable ya de una vez, sin rodeos.

—Usted alienta y encubre con su establecimiento —magnífico y suntuoso escaparate de vanidades humanas— los manejos subversivos para la nación americana de muchos elementos exóticos, que trafican con secretos científicos del más alto valor internacional, ¿no es cierto?

—¿Adónde quiere ir a parar? Acabe pronto.

—A mí también me interesa su «mercancía». Mi país me envía con fines secretos y sabe pagar a quién bien le sirve. Usted debe ser inteligente y entregarse al mejor postor; éste seré yo, no lo dude, si es usted razonable y trabaja a mi gusto. Los escrúpulos son los grilletes del bienestar... Usted no los tiene; yo tampoco. Unámonos y hará su suerte, sirviendo yo a mi país. ¿Qué me dice?

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo sé yo que no me engaña

y que cumplirá su promesa?

—Que no le engaño en cuanto a mi misión secreta, lo verá enseguida, si no es usted lerdo. Y que cumpliré mi promesa lo comprobará en cuanto cumpla usted la suya. Algo tiene que arriesgar, como lo arriesgo yo. Todo pacto obliga por igual a las dos partes, y éste ha de ser un compromiso bilateral. En este momento me encuentro a merced de usted, tras estas revelaciones; pero no le conviene que yo caiga en poder de la Policía, porque ello sería su suicidio. Sé yo muchas más cosas de Dick Meison, que usted de mí. Y no las sé yo solo, que conste, sino alguien más, que hablaría sin coacciones y en la impunidad.

—Bueno, las amenazas me exasperan, pero me conviene el trato... al menos por ahora. ¿Qué he de hacer?

—De momento, obedecerme ciegamente por medio de esta clave de señales, sin el menor contacto público conmigo. Yo le iré marcando todas las actuaciones.

Y Sullivan, después de entregar a Meison un minúsculo código cifrado, se despidió con sequedad, saliendo del despacho, en cuya puerta charlaban dos individuos, indudablemente secuaces del «boss», prontos a acudir a cualquier llamada de éste.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IV

AMISTAD POR CARAMBOLA



AC Wilkes, el segundo de Meison, fumaba un cigarrillo, en paciente espera, en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Veintiséis, junto al Madison Square Park, cuando, súbitamente, y a consecuencia de un embotellamiento del tráfico oyó un agudo chirriar de frenos, y un coche del servicio público irrumpió en la acera en que se encontraba, echándosele encima, sin tiempo para esquivar el choque. El vehículo le derribó, al rozarle con una aleta, y las ruedas traseras hubieran pasado sobre su cuerpo a no ser por el brusco tirón que sintió en ese preciso instante, proyectándole al borde de la calzada, mientras el coche se estrellaba contra la verja.

En medio de la expectación de los transeúntes, que le rodearon solícitos, pudo incorporarse, magullado y seminconsciente, con la ropa sucia, despeinado y mohíno, en un lamentable estado. Enseguida miró a la persona que, con su oportunísima intervención, le había salvado la vida. Con gran asombro, exclamó:

—¡Jim, qué casualidad! ¿Has sido tú, verdad?

—Si —contestó Jim, mirándole fijamente, reconociendo al favorito de su jefe, y con el que apenas había cruzado algunas palabras—. ¡Menudo susto me ha dado! Creí que no llegaba a tiempo. Vi el peligro, al pasar por su lado, y con un movimiento instintivo tiré de su brazo con todas mis fuerzas.

—Pues te debo la vida, y no sé cómo agradecértelo; no lo olvidaré. Ya se lo diré al patrón, para que te lo recompense.

—Nada de eso. Cualquiera hubiese hecho lo mismo; no tiene importancia.

Jim le limpió como mejor pudo, recuperó su sombrero caído en el suelo, y Mac, después de facilitar sus datos personales al agente de tráfico que instruía las diligencias del caso, se encaminó al «*night-club*», en compañía del camarero.

Jim se dio cuenta enseguida de que acababa de conquistar el afecto de aquel influyente personaje en los dominios de Meison. Su conversación amable y cordial se lo revelaba de manera inequívoca.

Desde que recibió el encargo de Sullivan de observar los movimientos de Dick y sus secuaces, había intentado en varias ocasiones ganarse la simpatía de éstos, considerándolos más asequibles por su modesta condición. Pero sólo obtuvo algunas contestaciones casi humillantes y gestos de menosprecio.

La casualidad se encargó, sin embargo, de que el más calificado de los compinches de Meison tuviera que agradecerle el señalado servicio que acababa de prestarle. Y esto era bastante motivo para que Jim se sintiera satisfecho, pensando que quizá pudiera obtener otro día alguna confidencia interesante del lugarteniente del jefe.

Cuando O'Hara se hizo cargo del turno, divisó a Fred, y a él se dirigió resueltamente.

Desde su mesa, Sullivan, apenas hubo indicado a Jim la consumición que apetecía, procedió al reconocimiento de la sala, como de ordinario. Próximo a la pista artística, se hallaba el agente alemán, ya conocido, embobado en la contemplación de la

encantadora Fanny.

Después de largo rato, ocuparon asiento a su lado dos personas de porte distinguido, que no eran los sujetos que Fred conocía como emisarios destacados al puente de Williamsburg. El teutón abandonó su éxtasis, apartando los ojos de la artista (que, muy divertida, al parecer, correspondía con miradas picarescas y sonrisas a granel a su constante admirador), y entabló animada conversación «*sotto voce*» con los recién llegados.

Al cabo de un rato, uno de éstos salió al vestíbulo y Sullivan le siguió disimuladamente, penetrando los dos en sendas cabinas, para telefonar al exterior, como si se hubieran puesto de acuerdo. El inspector aplicó a la madera separadora de ambas cabinas un pequeño aparato amplificador, semejante a un fonendoscopio, y con ayuda del mismo pudo percibir perfectamente el siguiente diálogo parcial:

—«¡Wohlan! Otto. Bel guter Gesundheit»[2]. Dile a Von Richter que el doctor Kuhn me acaba de comunicar sus nuevos progresos. Paciencia.

—¿...?

—No, no. Dick recibirá lo de Oak Ridge, y en la valija de California vendrá lo de Los Álamos.

—¿...?

—Es cosa de días. El doctor Franz emprenderá viaje inmediatamente que todo esté listo. Yo lo llevaré al puerto y en el trasatlántico se lo entregará al doctor Kuhn en un maletín. Evitad todo contacto. Adiós.

Precipitadamente salió Sullivan de su cabina y volvió a su mesa, para observar con detenimiento al misterioso comunicante. Éste, al reintegrarse a su mesa, fue escrupulosamente analizado por el inspector. De estatura mediana, de unos cincuenta años, con el bigote y el pelo entrecano, quedó localizado físicamente, de manera inequívoca.

Distraído con estas observaciones, no se dio cuenta Fred de que había hecho su aparición en la sala un nuevo personaje, de su mayor interés. Alexi Makarov ocupaba ya una mesita junto a la puerta de entrada, acompañado del funcionario que le recibió en el aeropuerto. Ambos pidieron vodka, y durante un rato quedaron ocultos para el inspector por las parejas que danzaban en la pista,

ya que se encontraba en el extremo opuesto.

Jim se le acercó disimuladamente, con el pretexto de retirar el servicio, y dejó una bolita de papel de seda sobre la mesa. Sullivan la fue desenrollando, mientras dejaba vagar la mirada por la sala, hasta que pudo leer:

«Agente ruso Makarov, que ocupa mesa entrada, estuvo despacho patrón antes entrar sala. Recién llegado a Nueva York».

El inspector, aprovechando la confusión de un nuevo intermedio de música de baile, salió al pasillo de entrada y llamó con la contraseña convenida en el despacho de Meison.

—Adelante —dijo una voz firme.

—Hola. Dick —saludó—. Hace un momento recibió una visita. ¿Qué deseaba el camarada Alexi Makarov?

Meison, realmente sorprendido por la precisa información del profesor francés, dudó unos instantes.

—Recuerde nuestro pacto —añadió el falso Raoul Bourland—. Cuanto antes intervenga, antes percibirá sus beneficios.

—Desea que gestione, a través de mis amistades, la colocación de un confidente en las fábricas Munkor, como técnico de blindajes.

—¿Podrá hacerlo?

—Desde luego; estoy preparando los informes necesarios para su recomendación.

—¿Cómo se llama ese ingeniero?

—Tex Custer.

—Téngame al corriente.

—Contra su primer cheque, por supuesto...

—Si la presa lo merece, cuente con veinticinco mil.



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS



O había podido olvidar Sullivan la extraña advertencia que Fanny Calvert, estrella rutilante del «*night-club*», le dirigiera cuando días antes se encaminaba al despacho de Dick, con motivo del incidente: «¡Cuidado con el patrón...!».

¿Qué había querido decir? ¿Qué interés podía tener en prevenirle? ¿Conocía la vida secreta de Meison?

Hombre acostumbrado a desvelar el misterio, y, al propio tiempo, aguijoneado por un secreto impulso, algo que en el subconsciente se agitaba desazonándole, esperó a que finalizara la

actuación de la estrella, y apostado junto a su coche, al borde de la escalinata de acceso al Club, esperó la salida de la artista, abordándola con decisión.

—*Miss* Calvert, ¿me hace el honor de aceptar mi coche? Si me lo permite, me vería muy honrado llevándola a su domicilio. De paso, podría formularle unas preguntas que estoy seguro no han de extrañarle.

—Pronto, el doctor Kuhn me asedia. Lléveme al Hotel Claridge —y sin más preámbulos, subió al «roadster», sentándose en el «baquet», junto al apuesto conductor, que pisó el acelerador, arrancando como una flecha.

—La noche es espléndida. ¿Por qué no prolongamos el paseo, mientras charlamos, sin peligro de oídos indiscretos?

—Como quiera. ¿Qué tiene que decirme?

—Me tiene intrigado desde la otra noche, con su inesperada advertencia. ¿Por qué lo hizo?

—Me fue usted simpático, profesor, y le estaba agradecida por su fogoso entusiasmo.

—Pero es indudable que, al intentar ponerme en guardia contra una posible encerrona de Meison, es porque algo sabe de él que no debía inspirarle demasiada confianza.

—Sé que tiene un carácter violento y que no juega limpio. Su vida se halla envuelta en sombras. Presumo que no es lo que aparenta.

—Está usted en lo cierto, y ahora soy yo quien la previene, *miss* Calvert, porque sus coqueteos con cierto asiduo cliente y rendido admirador suyo, no le hacen mucha gracia al terrible Meison.

Fanny iba a contestar, cuando el coche derrapó incomprensiblemente, arañando la calzada con el relieve de los neumáticos, a consecuencia del frenazo que hubo de dar su conductor, y gracias a su pericia pudo hacerse con el vehículo a los pocos metros, entre los gritos de susto de la artista y el agudo chirriar de los potentes frenos hidráulicos.

Abstraídos en su conversación, no habían advertido que un coche azul les venía siguiendo de cerca, y que en aquel momento sus ocupantes habían hecho varios disparos con silenciador, perforando la cubierta de una de las ruedas traseras. Se encontraban en la unión de Fourth Avenue con Bowery Street, junto a Cooper

Square.

Antes de que Sullivan hubiera soltado el embrague del coche, sin haberse repuesto ambos de la tremenda sorpresa, y cuando se disponían a inquirir la causa de la misma, aparecieron a uno y otro lado del coche dos sujetos desconocidos, encañonándoles con sus pistolas y conminándoles imperiosamente:

—Arriba las manos: pronto. Cualquier movimiento de resistencia será fatal.

Casi al mismo tiempo, un tercer individuo subió al estribo y amordazó ferozmente a Sullivan, introduciéndole un pañuelo doblado en la boca y atándoselo sobre la nuca, con tanta fuerza que brotó la sangre de las comisuras de los labios, impidiéndole articular una sola palabra.

Todo ello fue realizado con la mayor destreza y celeridad, acreditando la práctica de los tres asaltantes en estos menesteres. Con rudos modales, obligaron a los dos ocupantes del «roadster» a pasar al otro coche, que arrancó a todo gas.

Al llegar a Union Square, vendaron los ojos a los dos secuestrados, después de haber cacheado concienzudamente al inspector, y una vez atadas sus manos a la espalda. Fanny recibió un trato más humano, sin duda obedeciendo a una consigna especial, o por considerarla menos peligrosa.

—Date prisa,

O'Malley

—dijo el que parecía capitanear el grupo—. El jefe debe de estar impaciente. Este par de tórtolos nos ha hecho gastar tiempo y gasolina con su paseíto de placer, pelando la pava por el asfalto.

Una risotada de sus secuaces coreó el humorismo del «gángster», haciendo estallar a Fanny:

—¡Canallas!... ¿Adónde nos lleváis?

—No te impacientes, paloma, que ya queda poco. ¿Te gusta el panorama a través de esas anteojeas?

—¡Miserables!... ¡Cobardes...!

Miss Calvert pugnaba por extraer sigilosamente de su bolso una pequeña pistola, con guardas de nácar, que nunca la abandonaba. Pero se apoderó de ella el prudente convencimiento de que, inutilizado su acompañante, sólo conseguiría que le arrebatasen el arma, privándola del único medio de defensa que le quedaba, ya

que no había sido registrada.

Impotente para luchar con tres hombres sin escrúpulos, y acariciando la idea de utilizar su pistola en momento propicio, con algunas probabilidades de éxito, se resignó a esperar los acontecimientos.

Tras un largo recorrido, a través del dédalo urbano, paró el coche y fueron conducidos del brazo a un lugar que debía ser sótano o cueva, a juzgar por las escaleras que les obligaron a descender entre empujones y chacotas groseras.

—¿Qué tal Taylor? ¿Dieron mucha guerra? Habéis tardado demasiado.

Los dos reconocieron enseguida la voz de Meison, revelándoseles en un instante su verdadera personalidad.

—No pudo ser antes, jefe. Hicieron un recorrido absurdo; pero no ha habido ningún contratiempo.

—Taylor, lleva a la señorita a mi despacho. Quítale la venda y guárdala bien hasta que yo vaya. ¡Ah! Y perdón, *miss* Calvert, por estas pequeñas molestias, que soy el primero en lamentar, pero no había otro remedio.

Fanny sentía deseos de decirle a Dick todo lo que pensaba de él, de escupirle a la cara su profundo desprecio. Pero, comprendiendo que con ello no conseguiría más que irritarle y excitar sus bajos instintos, decidió emplear la táctica contraria, la de la mansedumbre y la obediencia, para sacar el mejor partido posible de las circunstancias. Así, se dejó llevar por el brutal Taylor con absoluta sumisión.

En cuanto desaparecieron, ordenó autoritaria la voz del jefe:

—Quítale la venda y la mordaza, pero sin desatarle las manos.

Dick Meison, sentado en un sillón, tras una sencilla mesa, acompañado de su segundo Mac Wilkes, y fumando tranquilamente un cigarrillo, esgrimía una leve sonrisa de triunfo.

Sullivan, libre de la terrible mordaza, respiró con fruición el aire enrarecido de la cámara subterránea. Tenía la boca lacerada y sangrante. Cerró los ojos, cegados por el potente foco que le iluminaba la cara, y poco a poco fue acostumbrando sus pupilas a la fuerte claridad, hasta que pudo darse exacta cuenta del lugar en que se encontraba.

Su rostro, noble y varonil, reflejaba claramente la rabia y la

sorpresa por la jugarreta de Meison. Acostumbrado a hacer frente a las situaciones más críticas, estoico ante el peligro, sólo pensó en el riesgo que pudiera correr la encantadora Fanny.

Entero y sereno, con un deje de ironía en su voz, increpó al jefe del «gang»:

—Meison, esto le costará caro. Es una traición, y las traiciones se pagan. Me ha engañado miserablemente.

—Regístrale bien,

O'Malley

—volvió a ordenar Dick, sin hacer caso de lo que acababa de escuchar.

El «gángster» exploró sin miramiento alguno, todos los bolsillos, entregando a su jefe cuánto encontró en ellos. Meison se fijó únicamente en los papeles y documentos, como obsesionado por algo que buscaba con afán. Enseguida se endurecieron sus facciones, cambió de expresión, y, mirando a su víctima con fiebre en los ojos, le lanzó al rostro, con odio incontenible:

—¡Conque le he engañado miserablemente, «profesor»! Y esto ¿qué es, perro asqueroso? —decía, mostrándole su carnet de inspector del

F. B. I.

—. Con este talismán, todas las puertas se abren, ¿verdad? ¡Veremos si ahora ocurre lo mismo! Esta vez, inspector, le falló el golpe. No contaba con que Dick Meison tiene mejor olfato que los sabuesos del honorable míster Hoover... Cayó en la ratonera y puede ir haciendo testamento; pero antes hemos de aclarar algunas cosas.

—Es inútil que se ensañe conmigo. ¡Su suerte está echada y nadie le salvará! El

F. B. I.

es invencible y siempre triunfa. Ha tejido su tela de araña y pronto se asfixiará usted en ella, con toda su banda, no lo dude.

Meison, rojo de ira, se acercó al inspector y de un brutal puñetazo le hizo tambalearse y caer al suelo; no obstante, siguió golpeándole con verdadera saña.

Sullivan sangraba abundantemente por la nariz, pero aguantó el castigo sin exhalar un gemido. Con el rostro tumefacto, se levantó como mejor pudo y siguió increpando al «boss» con voz firme.

—Es usted un cobarde, Dick. Pero sus días están contados. Expiará sus crímenes en la silla eléctrica, aunque se meta bajo siete estados de tierra. Los ojos del

F. B. I.

lo ven todo y le vigilan de cerca, sin escape posible.

—¡No callará, perro maldito! Ya veremos si resiste a sus métodos; yo también sé aplicar el «tercer grado...» Mac, encárgate de «prepararle» convenientemente y enciérrale con mucho cuidado; mañana le interrogaré. Ha de decirnos muchas cosas y conviene que antes medite a solas sobre lo que le espera, para que su memoria no le falle. Vosotros podéis marcharos también en cuanto Mac termine —añadió, dirigiéndose a Bill y

O'Malley.

Después salió de la cámara subterránea para dirigirse a su despacho, donde le esperaba Fanny. Al menos eso creía él, pero se equivocaba, porque, al abrir la puerta, sus ojos contemplaron un espectáculo dramático e inesperado que arrancó de su garganta una terrible maldición.

En medio de un denso silencio de tragedia, observó con estupor que los muebles se hallaban revueltos y rotos varios objetos, el teléfono colgando de su mesa y, junto a ésta, tendido en el suelo sobre un charco de sangre, el cuerpo inmóvil de Taylor, con los ojos vidriosos y en la cara una mueca trágica.

En el suelo, cerca de la puerta, se encontraba su pistola, con la dotación completa.

De un salto, Meison, pasado el primer instante de sorpresa, se acercó al herido. Al volverle boca arriba, vio con horror que un hilo rojo manaba de su pecho. El bandido estaba muerto, y Dick apretó los puños con rabia. Pero aún le esperaba una sorpresa más grave para su corazón de hielo, acostumbrado a despreciar la vida humana.

Al dar la vuelta a su mesa para colocar el teléfono, vio los cajones abiertos, y en el del centro, forzado el doble fondo, éste completamente vacío. Habían desaparecido los informes, direcciones y valiosos documentos —algunos recibidos horas antes — que desenmascaraban todas sus actividades clandestinas y sus manejos internacionales.

Por un momento sintió que el mundo se hundía, bajo sus

plantas, pues aunque ignoraba qué escena se había desarrollado en el despacho, tenía que suponer que Fanny, la encantadora Fanny Calvert, había sido la autora de la muerte de su compinche y de la sustracción de los documentos. Esto ya le parecía más extraño, porque la maniobra llevada a cabo requería conocimientos y práctica de un profesional, cualidades que no hubiera imaginado en la bella artista.

De todos modos, lo cierto era que los documentos habían desaparecido, y que no tardaría la Policía en hacer su aparición en el Club. Así lo comprendió Dick enseguida, sintiendo deseos de bajar a la cámara y calmar su sed de venganza con el asesinato de Sullivan. Pero, en uso nuevamente de todas sus facultades, optó por ganar tiempo y ponerse a buen recaudo, acogándose a los pabellones extranjeros que tanto tiempo se habían lucrado de sus valiosos servicios.

Para ello no había un minuto que perder. Aparentando una calma que no sentía, salió del despacho, dirigiéndose a la cochera por la puerta secreta, y diez minutos más tarde se perdía entre el laberinto urbano, abandonando a sus secuaces y cuanto quedaba a su espalda, como suelen hacer todos los de su calaña.

Sólo había tenido tiempo de vaciar su pequeña caja de caudales y de recoger el resto de su archivo personal, delator de los numerosos fraudes fiscales que en la administración del Club venía cometiendo.

VI

MISTERIOS A MEDIAS



OMO consecuencia de los trabajos realizados en los gigantescos laboratorios de Los Alamos y de Oak Ridge, en los estados de New México y Tennessee, respectivamente, el gobierno de los Estados Unidos había movilizado todos sus ingentes recursos económicos y sus maravillosos medios científicos para realizar las primeras experiencias del hasta entonces, utópico avión atómico.

Los colosales

«B-29»

y

«B-36»,

orgullo de la flota aérea norteamericana, serían pronto unos pigmeos al lado del nuevo pájaro de acero, propulsado por energía

atómica, capaz de dar varias vueltas a la tierra, a la velocidad del sonido —1200 kilómetros por hora—, sin necesidad de hacer escala para proveerse de combustible.

La guerra futura entraba en una fase de posibilidades desconocidas hasta entonces, y si lograban vencerse las últimas dificultades técnicas, el poderío norteamericano habría consolidado su hegemonía bélica, superando lo que parecía una empresa de titanes.

La sugerencia hecha en el Instituto de Ciencia Aeronáutica por el ingeniero jefe de la «Nuclear Energy for the Propulsión of Aircraft», parecía haber adquirido realidad tangible mediante un sencillo motor de propulsión a chorro, como el de gasolina, pero en el cual, el intenso calor de un reactor atómico, jugase el papel de la oxidación del combustible en la cámara de alimentación.

No obstante, las continuas descargas radioactivas del motor suponían un peligro para los pilotos, que habría de ser eliminado científicamente, bien forrando la cabina con gruesas capas de plomo, o encontrando un principio reactivo cuyas radiaciones quedaran reducidas al mínimo, para disminuir el peso del aparato al poder adelgazar las capas de plomo.

Por otra parte, los trabajos preparatorios de la construcción del primer submarino atómico, basado en los mismos fundamentos científicos, que le permitiría estar sumergido indefinidamente, sin otras limitaciones que las impuestas por las necesidades de aprovisionamiento de boca y de municiones, traían revueltas a las cancillerías extranjeras, movilizando a todo un ejército de espías especializados, que recurrían a todos los medios imaginables para captar los secretos americanos, de tan decisiva importancia para el futuro.

Ésta era la misión específica del sabio alemán doctor Kuhn, que tras varios meses de paciente y sagaz labor, en convivencia con elementos secundarios de los grandes laboratorios de experiencias nucleares, había logrado copiar los planos teóricos del avión atómico y tomar en «microfilm» los del submarino de autonomía ilimitada.

Sus comunicaciones con los centros experimentales, las realizaba a través de personas cuya aparente y absoluta inocuidad política no pudiera despertar sospechas, pagando a peso de oro tales servicios.

Dick Meison había recibido la preciosa documentación de Oak Ridge, entregándosela al doctor Kuhn poco antes de los hechos narrados en el capítulo precedente; y en el avión de California, en valija comercial consignada a un joyero de Center Street, acababa de llegar de Los Álamos el negativo del «microfilm» tan deseado.

La fuga del sabio alemán estaba minuciosamente preparada, para salir del país tan pronto estuviera terminado el «*dossier*» completo de sus trabajos.

Con idéntica obsesión por los progresos atómicos se hallaba el agente ruso Alexi Makarov, convencido de que la seguridad de su país necesitaba apoyarse en una fuerte potencia bélica. El conocido aforismo «Si vis pacem, para bellum». —Si quieres la paz, prepárate para la guerra— tenía para él un exacto sentido rigorista, al que acomodaba todas sus actividades secretas.

Para alimentar a las escondidas fábricas de los Urales —Sverdlovsk, Cheliabinsk y Magnitogorsk— se necesitaban abundantes suministros de uranio, y había que procurárselo por cualquier medio, dondequiera que fuese.

Desde que se instaló en Moscú el primer ciclotrón europeo, y desde los trabajos del físico ruso Kapitzka, hasta los progresos realizados recientemente en los laboratorios de su país, las necesidades de uranio habían podido ser atendidas sin gran preocupación; pero había llegado el momento de salvaguardar la continuidad de sus experiencias nucleares con los aprovisionamientos regulares del precioso elemento.

Para canalizar su tráfico a los Urales, desde el Gran Lago de los Osos, en la provincia canadiense del Yukon, en los confines de Alaska —el alucinante Eldorado—, había llegado recientemente a territorio americano, y su misión secreta interesaba al F. B. I.

Como intermediario especialmente idóneo contaba con el polifacético Dick Meison, y en el doble fondo de su mesa de despacho se hallaban todos los datos sobre las actividades de la red clandestina de sus agentes a sueldo.

Ello explicará la hecatombe que para el jefe del «gang» significaba la hazaña realizada por Fanny Calvert, y sus esfuerzos por inutilizar al mimético inspector Sullivan.

VII

DE PODER A PODER



UANDO Taylor llegó al despacho de su jefe, custodiando a *miss* Calvert, con la consigna de retenerla allí hasta la llegada de aquél, la hizo sentarse en una butaca, le quitó la venda —que había impedido a la artista el reconocimiento de la topografía del inmueble— y se mantuvo alejado, a prudente distancia.

Fanny, cada vez más dueña de sí, exprimía su cerebro buscando algún medio para librarse de su verdugo y acudir en socorro de su compañero de infortunio.

Su instinto femenino le sugirió la idea de aprovechar la que suponía breve espera poniendo a prueba sus artes de seducción, para confiar a su guardián y valerse del menor descuido de éste para cambiar los papeles.

Cruzó una pierna sobre otra, en una postura provocativa, y, pasados unos instantes, cuando advirtió que un brillo especial asomaba a los ojos del «gángster», le ofreció un cigarrillo rubio con la más prometedora de sus sonrisas.

—¿Quiere fumar, Taylor?

—No me gusta esa porquería de rubio; eso no es para hombres. Fumaré de mi tabaco —y se dispuso a liar un cigarrillo, dejando la pistola sobre el brazo del sillón.

—Guárdese esa pistola, que no voy a escaparme. ¿O es que tiene miedo de una indefensa mujer?

—¡Miedo, yo! Ni pensarlo; pero nunca están de más algunas precauciones. El jefe no me perdonaría...

—Son ustedes como borregos manejados por la vara del pastor —dijo Fanny con gesto de desprecio, al tiempo que adoptaba otra postura aún más insinuante.

—No diga tonterías; usted, ¿qué sabe? —Y sus ojos acusaban el efecto de la estratagema de Fanny.

—Sólo sé que su jefe los utiliza a ustedes para llenarse los bolsillos y gozar de la vida, echándoles unas migajas de lo que él le sobra, mientras se juegan el pellejo.

—Eso es cuenta nuestra, preciosa.

—Hasta que los enganche la Policía y paguen en la silla las culpas ajenas y algunas propias, cuando la vida es tan amable.

—No lo crea; lo único que merece la pena son las mujeres —dijo el bandido, que ya sentía hervir su pecho de deseos, deslumbrado por los encantos de su interlocutora.

—Precisamente; y como las mujeres no somos tontas y sólo nos seducen los hombres viriles para el amor y no para el crimen, ustedes no pueden aspirar al cariño de ninguna mujer que no esté encanallada y marchita por el vicio.

—Eso es verdad pero ya no tiene remedio —y un dejo de desencanto vibraba en la voz del «gángster», que acusaba los demoledores efectos de la táctica de Fanny.

—Nunca es tarde para rectificar...

—Por una mujer como tú sería yo capaz de perder la cabeza —estalló el bandido, apeando el tratamiento, en su afán de acercarse a aquel sabroso manjar que, como en el suplicio de Tántalo, se le brindaba al alcance de la mano, sin poderlo tocar por su pánico al

«boss», al tiempo que se levantaba dispuesto a no guardar más miramientos.

En ese instante sonó el teléfono, y Taylor se detuvo mirando con rabia al inoportuno aparato, situado encima de la mesa de Dick. Dudó un momento y, al fin, se dirigió a la mesa para contestar a la llamada, olvidando el arma sobre el brazo del sillón, descuido en el que Fanny reparó enseguida con gozo.

Mientras Taylor respondía que Dick Meison se encontraba ausente, sin quitar la vista de su prisionera, ésta introdujo la mano en su bolso, acariciando su pequeña pistola, de nácar, resuelta a aprovechar tan oportuna coyuntura para resolver la situación.

Cuando el «gángster» dejaba el micro teléfono, Fanny se puso de pie, con todos sus músculos en tensión y, apuntando a su carcelero con mano firme y ademán decidido, le dijo, sin inflexiones en la voz:

—No se mueva, Taylor. Quieto, o le meto el cargador en el cuerpo. No me tiembla la mano y estoy resuelta a todo, no lo dude.

Fue tan rápida la escena, que el bandido se quedó un instante suspenso e inmóvil, sin querer dar crédito a lo que veía. Entonces comprendió en un relámpago, su ingenuo error de no haber cacheado a la artista; pero ya era tarde y todas las ventajas estaban de su parte. Sin embargo, entre sorprendido e incrédulo, sonrió estúpidamente y dio un paso hacia delante.

—Vamos, *miss* Calvert, no gaste bromas y guárdese ese bonito chisme de tocador, que ya no me asusta el coco...

—Por última vez, quieto, Taylor, o hago fuego. Levante los brazos y no se mueva, o le mato como a una rata.

El «gángster», perdida ya su serenidad, e impelido por su cruel instinto, dio un violento salto en dirección al sillón en que había dejado el arma, escapando al mismo tiempo de la trayectoria de un posible disparo de Fanny; pero ésta, con igual rapidez, dio un manotazo a la pistola del bandido, arrojándola al suelo, junto a la puerta del despacho, al mismo tiempo que retrocedía unos pasos, sin dejar de encañonarle.

Taylor derribó el sillón, a modo de parapeto entre ambos, y volvió hacia la mesa para esquivar nuevamente el ángulo de tiro. Con los ojos inyectados, crispando los puños y lanzando horribles blasfemias, arrojó una silla, que Fanny sorteó en un escorzo. Ésta,

comprendiendo que de un momento a otro podía llegar Meison, en cuyo caso estaba perdida, hizo fuego, y Taylor dio un traspié, abrió desmesuradamente los ojos y cayó pesadamente al suelo, con el pecho atravesado.

Se acercó a él cautelosa, comprobando su certera puntería, rubricada por el último estertor del «gángster», y precipitadamente dio la vuelta a la mesa, enganchándose en el cable del teléfono, que salió despedido, y, aun a trueque de ser sorprendida, buscó, nerviosa, en su bolso un llavero de ganzúas, probándolas en todos los cajones. Por fin pudo abrirlos con una de ellas, por tener cerradura común, y comenzó a revolver papeles y objetos diversos.

Al desocupar el cajón central, con extraña perspicacia, apreció que tenía un doble fondo. Cogió la gruesa plegadora de plata, de Meison y, forzando una laminilla de metal colocada en un ángulo del cajón, se levantó ligeramente su fondo, que cubría dos gruesos legajos atados con balduque y una cartera o carpeta de piel con abundante documentación. Una fugaz e inteligente ojeada le bastó para apreciar el extraordinario interés de estos papeles. Se apoderó de la carpeta, dejando los legajos, que sólo contenían cuentas y liquidaciones del Club, y salió sigilosamente del despacho, con el corazón latiéndole apresuradamente.

Mirando a todos lados, en busca del acceso a la cámara acorazada, llegó junto a la escalinata del piso superior. Sin saber qué hacer, aguzando el oído en el silencio del desierto salón de sus éxitos, oyó que alguien se acercaba con pasos cautelosos. Se volvió, rápida, con la pistola empuñada, pronta a defenderse; un hombre se hallaba a su lado, mirándola sin recelo.

—No se asuste, *miss* Calvert. Soy Jim, camarero del Club. Ya me marchaba, cuando los vi subir. Taylor también advirtió mi presencia, pero no ha desconfiado de mí porque me está agradecido. Esperé por si me necesitaba. He oído la detonación y la he visto salir del despacho. Acabo de llamar por teléfono del bar al capitán Tarleton, de la Policía local, que no tardará en llegar con sus fuerzas. La vi salir esta noche, al terminar su actuación, con el profesor Bourland, cliente de mi turno. Por cierto, ¿sabe dónde está?

Había tal ansiedad en la interrogación de aquel hombre por conocer el paradero del profesor, que Fanny respiró tranquilizada.

—Nos secuestraron los hombres de Meison, trayéndonos aquí con los ojos vendados. Nos hicieron bajar a un sótano en el que se hallaba Dick, pero solamente retuvo al profesor, haciéndome subir a su despacho vigilada por uno de sus secuaces, el que usted ha citado, Taylor, y al que he tenido que matar para poder escaparme antes de que subiera Meison. No sé por dónde se baja al subterráneo; búsquelo y encárguese de libertar al profesor. Si lo consigue, díglele lo que ha pasado y que he ido corriendo a la División del

F. B. I.

—Pero ¿cómo, usted sabe...?

—¿Qué, Jim?

—Que el profesor no es tal profesor, sino el bravo inspector Fred Sullivan, del Federal Bureau of Investigation.

—Sí, Jim, lo sé, aunque él lo ignora; pero no es ocasión de ocuparnos de esto. Hay que actuar a toda prisa. Escúcheme: en esta carpeta que Dick guardaba en su mesa, llevo importantísimos documentos que demuestran sus actividades clandestinas, en relación con el espionaje. Dígaselo a Sullivan, a quién, por lo visto, conoce usted tan bien...

—Mucho, *miss* Calvert, y por ayudarle sería capaz de cualquier cosa.

—Adiós, Jim, y suerte...

Fanny salió precipitadamente, y Jim se dirigió al pasillo en busca del acceso a la cámara acorazada, suponiendo que estaría en una de las puertas que siempre permanecían cerradas; pero, al sentir un leve chasquido, se escondió tras una de las cabinas telefónicas, conteniendo la respiración.

Unos pasos al final de la galería le indicaron que alguien se acercaba. En efecto, Meison pasó a unos metros, encaminándose al despacho, del que salió momentos después.

Jim no se había movido de su escondite, suponiendo que Dick no tardaría en aparecer de nuevo, como había ocurrido, ganando la salida por la segunda puerta secreta, que se comunicaba, sin duda, con el garaje, a juzgar por el ruido del coche al arrancar unos minutos más tarde.

Jim avanzó hacia el fondo del pasillo y, al llegar a la puerta por la que había aparecido Meison, advirtió que no tenía cerradura,

sino que debía de moverse a impulso de algún resorte secreto. Examinó detenidamente las jambas de la puerta y los relieves del zócalo, sin encontrar señal alguna del mecanismo oculto. Nervioso por su impotencia, iba a examinar la segunda puerta, cuando oyó un leve susurro de voces, cada vez más próximas, que volvieron a despertar su alarma. Retrocedió de nuevo a su escondite y enseguida se abrió otra vez aquella puerta. Tres hombres, Mac, Bill y

O'Malley,

hicieron con paso rápido el mismo recorrido que antes había hecho Dick.

Tampoco Jim se atrevió a moverse ahora, esperando la inmediata salida de los tres «gángsters» del despacho de su jefe; esperó unos minutos y, de pronto, el estremecedor aullido de las sirenas de la Policía anunciaba su presencia en las puertas del Club.

Jim se lanzó hacia el vestíbulo, en el momento en que el guarda de noche abría la cancela, dando paso al capitán Tarleton, seguido de varios agentes de Policía, mientras otros rodeaban el edificio, situándose estratégicamente.

Jim informó rápidamente al capitán de cuánto había ocurrido. Tarleton dio unas órdenes, desplegando a sus fuerzas, y por el ángulo luminoso del salón vio cruzar dos hombres, en dirección al piso superior, empuñando sendas ametralladoras «Thompson».

Quedaba el tercero, cuya maniobra de emplazamiento no había sido vista. El capitán encomendó al sargento Marsh la captura de los tres criminales, vivos, a ser posible, y, seguido de Jim y de los agentes, corrió en socorro de Sullivan.

Hizo un reconocimiento minucioso de la puerta automática, y su penetrante mirada de lince descubrió, por fin, un extraño nudo de la madera, que llamó su atención. Hizo una ligera presión con el dedo índice, sin resultado alguno; repitió la prueba con el dedo pulgar, con mayor fuerza, y la puerta cedió lentamente, girando hacia dentro sobre sus goznes y dando paso a una pequeña habitación, desnuda de mobiliario.

En el lateral izquierdo se iniciaba el arranque de una escalera, por la que descendieron con las naturales precauciones. El último peldaño les dejó ante otra puerta que no había sido cerrada del todo. Al empujarla suavemente se hallaron en una cámara

acorazada de regulares proporciones, de aspecto carcelario y de enrarecida atmósfera, en la que no se veía a ningún ser humano.

Jim, sobrecogido de emoción, gritó:

—Señor Sullivan, ¿dónde está? Soy Jim y me acompaña la Policía.

Tras un breve silencio angustioso, se oyó un lastimero quejido, y una voz entrecortada, casi inaudible.

—¡Aquí, estoy en-ce-rra-do! ¡So-co-rro...!

Tarleton corrió hacia el extremo más alejado, donde había una puerta metálica muy baja, cerrada por un férreo cerrojo, y que, por estar en la penumbra, en el rincón, no habían advertido. La abrió violentamente, y una exclamación de horror salió de todos los labios.

En una celda oscura, húmeda y sórdida, excavada en el grueso muro de carga, en la que apenas cabía una persona de pie, se hallaba el inspector Sullivan, atadas las dos manos a una argolla, de la que colgaba su cuerpo, lacerado y flácido y que a duras penas le permitía apoyar en el suelo las puntas de los pies descalzos.

Tenía el torso desnudo, sangrante, cruzado por terribles verdugones amoratados; las muñecas, hinchadas, casi negras, sin riego sanguíneo; y el rostro, desencajado, tumefacto, por el salvaje castigo y su extremada extenuación. Tenía los labios resecos y un hilo de voz era cuanto podía articular.

Tarleton le desató en un santiamén y, cogiéndolo en brazos, depositó al inspector en una especie de mesa de operaciones, situada en el extremo opuesto de la cámara, y que, sin duda, era utilizada para inmovilizar a las víctimas y azotarlas bárbara y cómodamente.

Jim mojó su pañuelo inclinando la botella de «*whisky*», que se hallaba sobre la mesa, y lo aplicó sobre los labios de Sullivan, a cuyo contacto respondió gozando ávidamente de la refrigerante caricia líquida. Después bebió con ansia unos sorbos y se fueron relajando sus músculos, volviendo el color de su tez y recuperando, poco a poco, sus plenas facultades mentales.

—Gracias, Jim ya estoy mejor. Y a usted, Tarleton, que ha llegado tan oportunamente, pues creía morir.

—Ya pasó, Sullivan; ánimo y a ver si podemos salir de aquí. Llévelo a mi coche —ordenó a sus agentes. Yo voy arriba; a juzgar

por el tiroteo que se oye, la caza de las fieras es laboriosa.

Cuando el capitán salió de la cámara, el sargento Marsh le saludó, alborozado.

—Mi capitán, sin novedad. Acaba de caer el último al intentar saltar al jardín por una ventana. No había más remedio que acribillarle a balazos. Los otros dos ofrecieron dura resistencia; hirieron a un agente, levemente, y uno de ellos cayó para no levantarse más. El otro está ya esposado, en el coche, en compañía del guarda.

—Quédese con tres agentes, practique un registro completo y espere el retén y la ambulancia. Instruya las diligencias acostumbradas y mándeme el atestado, para la clausura judicial ¡Ah! Y no deje acercarse a nadie, por supuesto.

Unas horas después, con las primeras luces del amanecer, la guarida de Dick Meison era un misterio de silencio...



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

VIII

DEL MISMO BARRO



L salir de la Embajada rusa, a la que había acudido en busca de Alexi Makarov, Meison había perdido buena parte de la fuerza expansiva de su carácter, que era como un sortilegio que envolvía a los que se hallaban bajo su dominio, subyugándolos con el fluido magnético de su mirada escrutadora y con la chispa genial de su cerebro.

No era un cobarde, no; todo lo contrario. Sabía despreciar el peligro y jugarse la vida limpiamente, cara a cara, si era preciso. Pero en frío, sin el estimulante de la acción preparada, y aislado de sus fieles peones, fuerzas ciegas, de choque, movidas a su antojo, era como un barco sin arboladura, flotando a la deriva.

Se veía cercado, acorralado; tenía clara consciencia de que su buena estrella empezaba a eclipsarse. Sabía que el

F. B. I.

le tenía emplazado, que su tela de araña le envolvía implacable, y que cuanto más se moviera, más se enredaría en sus mallas fatales.

Pero aún le quedaba un vestigio de esperanza. No podía, no quería rendirse a la evidencia de su crítica situación, y todavía confiaba en la ayuda de los que de él la recibieron sin reservas.

Empezaba a alborear el día. Entró en el Hotel Marguéry, y el empleado del «comptoir» le atendió solícito.

—¿El señor Makarov?... Es urgente.

—Habitación ciento tres; pero espere un momento. A estas horas...

—No importa; sé que me recibirá.

A través de la centralilla se puso en comunicación con el agente soviético.

—El señor Meison desea verle. ¿Puede subir?

Una breve pausa, y el empleado le indicó el ascensor.

Dick llamó con los nudillos discretamente, y una voz, seca y áspera, contestó:

—¿Quién es?

—Dick Meison; abra, por favor.

Alexi no estaba solo. Un sujeto de aventajada estatura abrió la puerta y le miró con gesto ceñudo e inquisitivo. Era, indudablemente, uno de sus guardaespaldas.

La habitación, un pequeño gabinete amueblado con sobriedad, daba paso a otras dos piezas, una a cada lado, que debían de ser los dormitorios.

Apenas hubo transpuesto el umbral, apareció en la puerta de la izquierda el agente soviético, con un pijama ruso de tonos oscuros. Hizo una seña de inteligencia al otro individuo, y éste desapareció por la derecha.

—¿Qué sucede, Dick? ¿No sabe que no me gustan las visitas, y menos a estas horas?

—Era necesario. La situación es grave.

El espía le miró fijamente, con ojos inexpresivos, y le invitó a sentarse.

—Nuestra organización se ha derrumbado —dijo Meison con la

mayor rudeza, sin intentar siquiera un paliativo dialéctico.

—¿Qué ha pasado? Hable —conminó Makarov, levantándose, como movido por un resorte, para ir a asegurar el cierre de la puerta...

—El

F. B. I.

ha recibido, sin duda, alguna confidencia sobre nuestras actividades clandestinas y ha puesto cerco al Club. Por uno de mis hombres supe que el inspector encargado de esta misión iba todas las noches a la sala, fingiéndose súbdito francés, y logré secuestrarle cuando le acompañaba en su coche la estrella de mi espectáculo.

—¿Cuándo ha ocurrido eso? —le interrumpió el soviético.

—Hace unas horas. Mis hombres los llevaron a la cámara subterránea y, para poder interrogarle libremente, hice subir a la artista a mi despacho, vigilada hasta que yo llegara, creyendo que ignoraba la verdadera personalidad del inspector. Este sigue en la cámara, sometido a tormento, aunque no sé si revelará la información que tenga el

F. B. I.,

pues conozco el temple y la fidelidad de sus miembros. Probablemente se dejará desollar vivo antes que traicionar al Estado; pero de todos modos él ya no podrá hacernos ningún daño.

—Entonces, no veo que todo esté perdido. Su negocio es legal, y nadie tiene pruebas de nuestras relaciones. ¿Y la artista?

—Ahí está precisamente el peligro. Cuando subí al despacho para sondearla y hacerle comprender, con uno de mis métodos «persuasivos», la conducta que debía seguir, me encontré muerto a su guardián y robada toda la documentación, que guardaba en mi despacho. La artista ha desaparecido, y yo he venido inmediatamente a contarle a usted lo ocurrido. Supongo que habrá ido a entregar los documentos a la Policía y que ésta no tardará en presentarse en el Club, para clausurarle y para echarme el guante, si puede, claro está.

A medida que Meison avanzaba en su relato, Makarov iba reflejando en su semblante, rígido y frío, la contrariedad que los hechos le producían. Sin perder la calma, acusaba, sin embargo, la inquietud y la alarma que lo acaecido iba produciéndole.

—¿Se da cuenta, Meison, de su torpeza en este asunto, y de que

con ella ha echado por tierra todos nuestros planes? Hasta ahora había trabajado bien, y lo ha cobrado mejor pero en esta ocasión ha cometido el error imperdonable de no eliminar testigos, cayendo en la candidez de ese doble secuestro en el mismo Club, cuando lo mejor hubiera sido advertirme a tiempo y preparar la coartada, haciendo desaparecer la documentación, y cambiando de sistema, puesto que el

F. B. I.

no ha podido adquirir ninguna prueba todavía, y mi Embajada goza de inmunidad diplomática para evitar cualquier investigación indiciaria.

—Aún no es tarde para suspender las expediciones preparadas y facilitar mi fuga.

—No, Meison; ha de salir enseguida del país el cargamento en ruta, el mayor y más importante conseguido. Será el último, por ahora: pero es necesario que no se malogre. Yo mismo vigilaré su salida, pase lo que pase y caiga quien caiga.

—Pero a mí me urge la fuga; soy muy conocido y estoy descubierto. Es fácil proporcionarme un pasaporte inmediatamente para la Unión Soviética. He prestado grandes servicios a su país y merezco que me proteja. Así podré seguir prestándoselos de cualquier otro modo.

Su interlocutor le miró con un brillo siniestro en los acerados ojos. Parecía que iba a descargar sobre Dick toda la cólera que, indudablemente, estaba acumulando. Pero, por el contrario, con voz suave y pausada, replicó:

—Desde luego, tendrá toda mi protección. Su torpeza casi no la merece, pero no puedo olvidar otros buenos servicios. Acuda a las doce, y le entregaré cuánto necesite para tomar el primer avión. Y ahora, déjeme que descanse un rato.

Un coche cerrado esperaba a la puerta del Hotel Marguéry. Cuando, a las doce en punto, llegó Dick, Alexi Makarov abonaba su cuenta y enseguida le salió al encuentro. Subieron al coche que conducía el individuo que había visto en el apartamento y al arrancar, Makarov le dijo, con una amabilidad inusitada:

—Meison vamos a la Embajada para llenar requisitos, y desde allí, al aeropuerto.

—Entonces he de recoger mi equipaje.

—Luego tendrá tiempo. Deprisa, Iván.

Al llegar a la Embajada soviética, atravesaron los tres varias galerías del piso bajo. Al final de una de ellas penetraron en un despacho, que debía de hallarse muy alejado del resto de las oficinas.

Iván, el perro de presa de Makarov, se sentó en un rincón de la estancia, pendiente de su jefe. Éste hizo sentar a Meison frente a la mesa, y él, después de maniobrar en el cajón de la derecha, le dejó abierto y tomó asiento tranquilamente.

Miró a Dick con extraña fijeza y, con una voz sin inflexiones, exclamó:

—Ha llegado el momento del ajuste de cuentas, Meison. Hasta ahora todo han sido sumando en su haber, pero todos los negocios tienen sus quiebras, y la de usted es definitiva.

—No le entiendo. Explíquese mejor.

—Enseguida, amigo mío. Va usted a hacer un viaje del que no volverá, pero no en avión, sino...

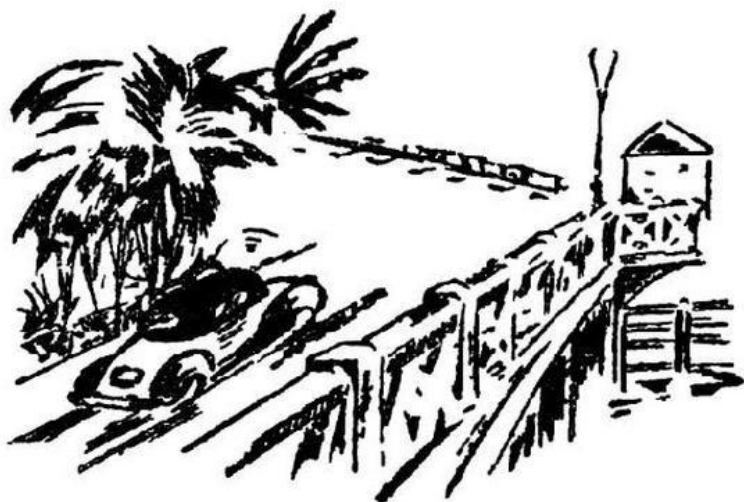
Dick se levantó como movido por un resorte, y se llevó la mano a la axila izquierda. Pero el espía ruso había sido más rápido que él y, encañonándole con un revólver que extrajo del cajón abierto, mientras Iván se situaba a su lado, encañonándole también, le lanzó al rostro, como trallazos, las siguientes palabras:

—Quieto, Meison. De aquí no saldrá usted vivo ni nadie le escuchará. Éste será su panteón. Sabe demasiado y no me gustan los estorbos en mi camino. Ya que no ha sabido morir al frente de sus hombres, como era su deber, su patria me agradecerá en medio de todo que le haya librado de un traidor.

El «gángster» miraba alternativamente a los dos hombres, como fiera acorralada, fraguando un plan que le permitiera pasar a una posición dominante. Pero era tan firme el acento de Makarov, que no intentó siquiera una apelación a su indulgencia.

En un último intento, a vida o muerte, sacó su pistola de la sobaquera y disparó en un cuarto de segundo sobre el agente ruso, que esquivó el proyectil, disparando a su vez, lo mismo que Iván lo hacía a quema ropa. Dick se desplomó junto a la mesa, y aun pudo hacer un nuevo disparo sobre Iván, que se llevó la mano al pecho, alcanzado por las balas de Meison. Éste se estremeció, en los

estertores de la agonía, y su muerte cerraba toda una vida de crímenes.



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO
de la Colección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.
por A L F M A N Z

Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas interiores, doble dibujo en cubierta, al precio de
OCHO PESETAS

IX

UN ESPÍA MENOS



NOS golpecitos en la puerta precedieron a las palabras conminatorias del ayudante del inspector Fred Sullivan.

—Ya son las doce, señor.

Sullivan, profundamente dormido, hubo de hacer un gran esfuerzo para abrir los ojos. Le pesaban los párpados como el plomo. Era la primera noche que había podido descansar plenamente después de su tortura.

Gracias a su fortaleza física, la curación fue rápida, pero

necesitaba el descanso reparador de algunas horas de sueño, que en los días anteriores no había podido lograr, martirizado por las mordeduras de las heridas que el salvaje castigo le había producido.

Ya estaba totalmente repuesto, con el espíritu más vibrante que nunca, y con unas ansias espantosas de coronar su misión.

Un sol pálido y medroso se adivinaba a través del ventanal entreabierto. Pidió el desayuno y la prensa de la mañana, y media hora después salía para la División del

F. B. I.

El inspector jefe le recibió con su ancha sonrisa y una cordialidad llena de simpatía.

—¿Qué tal, Sullivan? ¿Recuperado del todo? Su aspecto es magnífico, y le felicito por ello. ¡Ah! Y por su extraordinaria firmeza en la cripta de Meison...

—Gracias, señor. Me encuentro perfectamente, y, si me lo permite, desde este momento volveré a hacerme cargo del servicio.

—Desde luego, inspector. ¿Tiene algún plan inmediato? Las instrucciones de Washington permanecen invariables.

—Mi ayudante, el agente Slade, no ha dejado de vigilar al enemigo, que, tras una momentánea suspensión de hostilidades, como consecuencia de la clausura del Union American Club, vuelve al ataque con mayor virulencia.

Sullivan tenía, desde que llegó, una pregunta a flor de labios, que no se atrevía a formular. Pero, al fin, un sentimiento híbrido de inquietud y curiosidad se impuso a la subordinación y al respeto.

—¿Se sabe algo de *miss* Calvert, señor?

—Esperaba su pregunta. Aquí tiene algo que dejó para usted y que, sin duda, le servirá de respuesta.

El inspector jefe le hizo entrega de un voluminoso sobre con su dirección, y añadió:

—Cuando vino a darme cuenta de todo lo ocurrido, me encargó que lo hiciera llegar a sus manos personalmente, y no he vuelto a tener de ella más noticias. ¡Magnífico temple de mujer, Sullivan! Nos prestó un destacado servicio, y a usted probablemente le salvó la vida...

—En efecto, señor. Es una mujer extraordinaria. Supongo que este sobre contendrá cuántos datos de interés obtuviera en el despacho de Meison y que juzgará han de servir de gran utilidad.

Pero hay algo que no acierto a explicarme. ¿Cómo no ha procurado verme después de aquella noche? ¿Dónde está? ¿Qué se propone? Tres preguntas que taladran mi cerebro constantemente y que no consigo contestarme de un modo satisfactorio.

El inspector jefe esbozó una indescifrable sonrisa y, en tono un tanto sibilino, recalcó:

—¿Quién puede saber eso, Sullivan! De todos modos, tal vez no tarde mucho en dar señales de vida... Conozco todos esos informes y urge que los asimile y actúe. Hágalo, pues, y, no piense en nada más. Adiós, inspector; buena suerte.

Y, tendiéndole la mano cordialmente, puso fin a la entrevista.

Sullivan salió a la calle y entró en el primer bar que le pareció poco concurrido a aquella hora. Se sentó en una mesa aislada y, mientras saboreaba un aperitivo, examinó el contenido del sobre.

Numerosas listas y relaciones nominales, claves, cifrados, direcciones, etc., en varios idiomas. Un informe amplio sobre las actividades del doctor Kuhn y sobre experimentos nucleares; varios documentos de su puño y letra, y notas abundantes firmadas por Dick Meison, constituían un completo «*dossier*», que levantó en la cabeza de Sullivan una oleada de encontrados pensamientos y de hondas perplejidades acerca de su extraña informante. Y, con ello, unas líneas tan solo:

«Profesor Bourland: Antes de ausentarme por algún tiempo, le envío esos documentos, que, de seguro, han de interesarle. Que tenga mucho éxito, y hasta la vista. Fanny».

Sullivan seguía viendo visiones, pues no le cabía en la cabeza que la maravillosa artista se revelara tan informada de lo que a él podía interesarle, y que, al mismo tiempo, hubiera desaparecido tan misteriosamente. Pero como le acuciaba algo más fuerte que la curiosidad, volvió a su apartamento, mientras maduraba sus nuevos planes, dispuesto a entrar en la liza inmediatamente.

—¿Están preparadas las cajas, Bork?

—Todo está a punto. El camión llegará dentro de hora y media para cargar, con los muchachos. Siéntate, Todd, y toma una copa; tenemos tiempo.

—Hay mucha gente esta noche; tenemos que desalojar esta cueva antes de la hora. Yo me fingiré borracho, armaré camorra y tú avisas a Jonhson y que eche a la gente por miedo a la «bofia».

—Conforme, no te preocupes.

En el mísero bar, con categoría de taberna, situado al final de la avenida Flatbush, cerca del Campo de Floyd Bennett, se respiraba una atmósfera densa y casi deletérea, cargada de vapores de alcohol y de espeso humo de tabaco fuerte.

En un rincón penumbroso, dos hombres de rudo aspecto entablaban el anterior diálogo, saboreando fruitivamente sendas copas de ginebra.

En otras mesas, una docena de tipos semejantes y varias mujerucas de vida airada consumían también las pócimas de Jonhson, el fornido «barman» de aquella sentina de vicio y de intriga.

En una mesa contigua a la que ocupaban Todd y Bork, Fanny Calvert, a tono con el ambiente y acompañada de un hombre que parecía haber llegado ya al límite de su capacidad alcohólica, fumaba displicentemente y apenas hacía caso de su acompañante, como si el hastío consumiera sus horas. Sin embargo, sus oídos se hallaban pendientes de lo que se hablaba «*sotto voce*» en la mesa de al lado, como dos antenas hipersensibles, y sus ojos observaban, sin mirar, todos los gestos y movimientos de sus vecinos de mesa.

—No creo que esta noche venga el jefe, porque la «bofia» estuvo a punto de atraparlo la otra noche. Su tipo no se despinta, y aunque su aspecto es infame, no puede negar que es más ruso que Lenin. No se fía ni de su sombra, y a mí ya me tiene harto con tanto husmear.

—Pero paga bien, Bork, que es lo que a nosotros nos importa.

—Eso sí, pero nos jugamos la vida por él, y eso vale más. Ya hemos cambiado de playa tres veces en poco tiempo, y no me da buena espina este asunto.

—Mira, Bork: si es que tienes miedo, lo dejas y en paz. Pero en ningún sitio te pagarán como aquí, y ya sabemos lo que vale la vida. Además, me ha dicho el patrón del barco que éste será el último viaje por esta parte.

Poco a poco fueron desfilando algunos parroquianos, hasta quedar ocupadas solamente algunas mesas, aunque, sin duda, para aquellos dos sujetos eran demasiadas, porque cuando nadie lo

esperaba, uno de ellos intentó levantarse y cayó al suelo, arrastrando tras de sí la botella y la silla. Su compañero le levantó con algún trabajo, al parecer no mucho más sereno que él. Como si entre ellos hubiera muy poca coincidencia de criterio en el tema de su conversación, el primero chilló:

—Eres un idiota; no sabes lo que dices.

—Y tú estás borracho como una cuba.

—¿Yo borracho? Fíjate.

Y sacando un revólver apuntó sin más preámbulos a la bombilla cercana, que saltó hecha añicos. Se disponía a ejecutar de nuevo su puntería, cuando el voluminoso Jonhson, el dueño del garito, a una seña de Bork, acudió con cara de pocos amigos, para gritarles:

—A la calle; no quiero líos con la «Poli».

—Oye, patrón: o nos vamos todos de aquí, o no me muevo. Y no te pongas flamenco, que no me asusta el coco.

Viendo el cariz que tomaban las cosas, algunos parroquianos salieron lentamente y los restantes lo hicieron ante los requerimientos disimulados del dueño. Fanny y su acompañante, soñoliento y pesado, fueron los últimos en abandonar el local, recobrando una extraña movilidad al respirar el aire libre de la calle. Rápidamente se separaron, perdiéndose por los alrededores.

Al poco rato, el ruido de un motor, cada vez más cercano, atrajo al bar a los dos levantiscos parroquianos, completamente despejados. Un coche paró enseguida a la puerta, y dos hombres, uno de ellos con una chaqueta de cuero, el sombrero encasquetado y gafas oscuras, entraron también en el local. Minutos después llegaba un camión, y de él se apearon tres sujetos de aspecto poco tranquilizador, como los anteriores.

Fanny se presentó inopinadamente en el bar. Jonhson le salió al encuentro, y ella, con la mayor naturalidad, preguntó:

—¿Ha visto por aquí un pendiente? Lo he perdido, y se me ha debido de caer en este sitio. Voy a mirar debajo de la mesa.

—Pues date prisa, niña, que tengo que cargar unas cajas de envases y no tengo tiempo que perder.

Desapareció por una puerta situada al fondo del salón, sin duda para prevenir a los que allí estaban. Sin embargo, Fanny percibió claramente estas palabras, pronunciadas por una voz autoritaria, con un acento inconfundible para ella:

—Aprisa; llevad esas cajas al camión, y enseguida, a la falúa, en la playa baja. En cuanto lleguen al barco no volváis por aquí. Apagad las luces del camión y tú haces las tres señales con la linterna, Todd.

Por una segunda puerta al exterior empezaron a sacar la extraña mercancía, pero apenas habían llegado al camión, tres coches de la Policía, con los faros apagados, hicieron su repentina aparición, y en una maniobra rapidísima envolvieron a los contrabandistas, que no hicieron resistencia, cogidos «in fraganti» y en plena faena de carga de numerosas cajas conteniendo ganga de uranio y otros metales bélicos.

Fanny, al sentir a la Policía, entró decidida en la habitación que servía de almacén clandestino de la preciosa mercancía. Penetró por la puerta interior del bar, mientras en el exterior se desarrollaba la escena descrita.

El individuo de la chaqueta de cuero, indiscutiblemente el jefe de la banda, se hallaba detrás de la puerta, y al empujarla *miss* Calvert, dicho sujeto intentó burlarla y escapar por el salón; pero Fanny, volviéndose violentamente, dio un empujón a la puerta y quedó frente a él, encañonándole con su pistola.

—Espere un momento, camarada Alexi Makarov; no tenga tanta prisa, que hemos de hablar dos palabras. No está bien que abandone a sus hombres cuando están en el cepo. Si usted los ha metido en él, justo es que procure salvarlos o que los acompañe, al menos, para atenuar su culpa.

El ruso había quedado un instante como paralizado por la rápida escena, pero viéndose perdido saltó de lado para esquivar el arma, y con la velocidad del rayo sacó un revólver y disparó contra la artista, alcanzándola en el hombro.

Miss Calvert sintió una horrible punzada y estuvo a punto de soltar la pistola, cuarto de segundo que el agresor aprovechó para abrir violentamente la puerta y emprender la huida a través del bar.

Antes de llegar al final del salón, Fanny disparó sobre él todo su cargador, y el criminal cayó al suelo, cerca del mostrador. Con un grito ininteligible, volvió a hacer fuego sobre la artista, sin alcanzarla, en el momento en que la Policía irrumpía en el bar.

Al acercarse a él soltó el arma y se desplomó, gravemente herido, impotente para seguir luchando.

Miss Calvert fue evacuada inmediatamente al hospital Claiton, sin claudicar de su admirable entereza ni un solo momento, mientras en el garito la Policía auxiliaba al espía y consumaba el copo de toda su banda, librando al Estado de aquella pandilla de traidores.

FUGA SUBTERRÁNEA



LAN Connolly, prestigioso joyero de Center Street, acababa de colocar en el escaparate de su lujoso establecimiento un magnífico «pendentif» de brillantes, y una dama enlutada y bella penetró a poco en el despacho, para interesarse por la espléndida alhaja. El joyero desplegó toda su amable elocuencia para asegurar la venta, haciendo el cálido panegírico de la maravillosa alhaja y esgrimiendo su acostumbrada habilidad dialéctica, a la que pocos clientes se resistían. Por ello no se dio cuenta de que un caballero había entrado silenciosamente y curioseaba una de las vitrinas. Se le acercó un dependiente, y el recién llegado le examinó de pies a cabeza.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el dependiente.

—Deseo hablar con el dueño.

—Tenga la bondad de sentarse. Tan pronto termine con aquella dama podrá atenderle. ¿A quién le anuncio?

—No se moleste no me conoce.

Fred Sullivan siguió entretenido en la contemplación de la misma vitrina, mirando de cuando en cuando hacia donde se hallaba el joyero, al que examinó también con igual detenimiento que a su dependiente.

Transcurridos unos minutos, consumada la venta, la dama abandonó la joyería y el empleado cambió algunas palabras con el dueño. Éste se acercó al visitante con su mejor sonrisa y sus almibarados modales.

—Caballero, ¿tiene interés especial por alguna joya?

—No. Sólo deseo hablar con usted reservadamente.

Connolly le observó con mayor detenimiento, y poniéndose repentinamente serio volvió a preguntar:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—¿Podemos pasar a su despacho?

—Sí, desde luego. Haga el favor de seguirme.

Al entrar en el escritorio, una pieza elegantemente amueblada, el joyero le invitó a sentarse, y enseguida, visiblemente intrigado, volvió a preguntar:

—¿En qué puedo servirle, señor...?

—Sullivan. Fred Sullivan, agente especial del

F. B. I.

—contestó, mientras le mostraba su plateada chapa—. Además, puede examinar mi carnet.

—¡Oh, no faltaba más! No es necesario. Usted me dirá. ¿Qué desea de mí, inspector?

—En primer lugar, advertirle que todo intento de disimulo por su parte, y mucho más cualquier resistencia al requerimiento que voy a hacerle constituirá un claro delito de desacato a la autoridad, que los Tribunales se encargarán de sancionar adecuadamente.

El joyero se removió en su asiento, presa de una visible inquietud, que no supo ocultar.

—Por favor, inspector; yo...

—Usted se halla al servicio del espionaje alemán, y más

concretamente, del doctor Franz Kuhn, científico atómico.

—No sé cómo puede decir eso; es absolutamente falso, se lo aseguro. Ignoro por completo cuánto me dice, y ni siquiera conozco a ese doctor.

—Por ese camino no nos entenderemos; le repito mi advertencia, y espero que no se obstine en negar, antes de que sea demasiado tarde. Usted, aparte de otras intervenciones, que el

F. B. I.

investiga, ha recibido de los laboratorios de experiencias nucleares de Los Álamos el negativo en «microfilm» de los planos que constituyen el fundamento científico del submarino atómico que el Estado tiene actualmente en proceso de construcción para pruebas, ¿no es cierto?

—Eso es un absurdo, inspector. ¿Cómo podía yo estar en relación con un centro experimental tan celosamente guardado por el Estado como Los Álamos?

—Eso, usted lo sabrá... y nosotros también lo sabremos muy pronto, si se empeña en negarlo. El envío le ha sido hecho con carácter comercial, en el doble fondo de un estuche conteniendo un collar de perlas falsas, en el avión de California, llegado esta mañana, apenas hace seis horas. Debía entregarlo al propio doctor Kuhn aquí, en su establecimiento, pero me consta que aún no ha venido tan exótico cliente. Por tanto, ese estuche debe de tenerlo oculto en cualquier sitio, probablemente en este despacho.

Alan Connolly, cuyo rostro había ido pasando por todos los colores del iris, contemplaba al inspector con mirada bovina, inexpresiva, anonadado por la precisión con que había lanzado todos aquellos datos, como una catarata, concretos, seguros, fidedignos. Sin embargo, intentó un último esfuerzo para persuadir al astuto inspector de su fingida inocencia.

—Puede examinar uno por uno los estuches de mi joyería e inspeccionar hasta el último rincón de mi despacho. Es más: yo le ruego, para reivindicar mi honorabilidad, que no deje de hacerlo.

—Me maravilla su cinismo, pero no me extraña. La vida es muy amable, y su doble negocio es tan productivo que bien merece la pena de probar a ver qué efecto me hacen esas piruetas psicológicas de su pobre caletre.

—Usted se empeña en atribuirme intenciones que no existen.

—No se canse, Connolly; sea inteligente y comprenda que el Mecenaz de sus actividades subversivas tiene contados sus días, tal vez sus horas, y que usted no debe ni puede impedirlo. No tema represalias de ningún género y sepa que, por el contrario, si espontáneamente confiesa su delito y facilita mi misión, puedo darle amplias seguridades de que se le estimarán varias atenuantes y tal vez salve su libertad y su patrimonio.

La suatoria voz del inspector iba minando la ya escasa fortaleza de espíritu del joyero, por cuya mente pasó un instante el espejismo del risueño futuro que aquél le presentaba. Sullivan añadió, casi silabeando las palabras:

—En otro caso, piense que le espera la silla eléctrica sin remisión posible.

—No pueden condenarme sin pruebas; la Ley me protege. Pretende crear en mí un complejo de inferioridad para anular mi voluntad, inspector.

La última palabra la había pronunciado levantando la vista hacia el artesonado del techo, donde acababa de brillar el relámpago de un punto luminoso que no escapó tampoco a la exquisita facultad sensorial de Sullivan.

Como si un sexto sentido le avisara de que algo iba a cambiar el rumbo de la tranquila charla, se levantó rápido, y colocando el cañón de su pistola a pocos centímetros del joyero, le apremió con tono autoritario:

—¡Basta, Connolly! Sobran ya los consejos y advertencias. ¿Qué significa esa luz? ¡Pronto, responda!

—Es un aviso de mi dependiente de que una visita me espera; por el mismo sistema luminoso le indico si estoy o no «visible», según me convenga. Es un ardid del negocio, ya lo comprenderá.

—Claro que sí. Y también comprendo que esa visita que le espera tendrá seguramente mucha prisa, y no debo ser obstáculo para que deje de consumarse alguna ventajosa operación. Por tanto, como yo no he de interferir su técnica comercial, hágale pasar y presénteme como un amigo de confianza ante el cual puede hablarse con absoluta libertad.

Connolly no había podido prever esta complicación ni tuvo tiempo de aleccionar a su dependiente sobre la personalidad del inspector. Sintió que el mundo se le venía encima, y la premiosidad

de su cerebro sobreexcitado no le sugería ninguna estratagema satisfactoria para conjurar el peligro en que se hallaba. Porque el visitante era, sin duda, el propio doctor Kuhn en persona, que acudía a recoger el estuche, según estaba convenido.

—Y no olvide, amigo mío —recalcó Sullivan—, que mi mano, enfundada en el bolsillo, oprimirá el disparador de mi pistola en cuanto haga el menor movimiento sospechoso o trate de poner sobre aviso a su cliente. Vamos, haga la señal convenida.

El joyero, perdido el control de sus nervios, se levantó con paso vacilante y oprimió un pulsador colocado disimuladamente en un costado de la mesa.

A los pocos momentos se abrió la puerta y bajo el dintel apareció no el doctor Kuhn, como ambos esperaban, sino uno de sus auxiliares, a quién Sullivan reconoció inmediatamente por haberle visto alguna vez en el Club.

Connolly respiró algo más aliviado y salió al encuentro de su visitante, tendiéndole la mano.

—Encantado de verle, señor, aunque lamento que su encargo no haya podido terminarse. La joya constituye un trabajo delicado, y el engarzador ha querido hacerlo concienzudamente. Siéntese, por favor.

El recién llegado, sin comprender una palabra, miraba estúpidamente al joyero, y después se fijó en el inspector, como queriendo adivinar la razón de su presencia en el despacho.

—Es un amigo de la casa.

Sullivan saludó con una inclinación de cabeza.

—Puede decir a su principal que la alhaja estará terminada esta misma semana. Transmítale mi ruego de que disculpe esta pequeña demora. Luego lo agradecerá.

Poniéndose en pie, Connolly trató de hacer comprender al alemán que debía retirarse y que el intruso le impedía hablar libremente. El visitante iba a romper su mutismo, pero el joyero, sin dejarle articular palabra, le tendió la mano, en una despedida apremiante.

Sin embargo, Sullivan se había dado cuenta de que un momento antes Connolly apretó dos veces el pulsador de la mesa, y no esperó más. Sacando la pistola, encañonó a los dos hombres, y con un gesto que no admitía réplica ordenó:

—¡Pronto! Manos arriba, y ni una palabra. Crucen las manos sobre la nuca y colóquense uno detrás del otro, delante de la mesa, mirando a la pared, de espaldas a mí.

Los dos hombres dudaron unos instantes; el recién llegado, completamente sorprendido por la rápida escena, miraba inquisitivamente al joyero; pero ante su mutismo e inexpressión, hizo un movimiento de rebeldía, que Sullivan cortó, en el acto metiéndole el cañón de su pistola en el costado, al tiempo que le advertía:

—No me gusta repetir las cosas. El

F. B. I.

sabe lo que busca, y se ha anticipado; eso es todo. Obedezca sin titubeos, si quiere seguir viviendo... al menos por ahora.

Mientras hablaba, el inspector extrajo de un bolsillo de la americana del alemán una magnífica pistola «Walther», que se guardó sin demora, y apartándole un poco despojó también al joyero de un revólver calibre 38 que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón, según había adivinado por un ligero abultamiento de la americana al levantar los brazos. Considerándolos desarmados, ordenó de nuevo:

—Connolly, sitúese otra vez delante de su amigo.

Acto seguido, con pasmosa precisión, colocó en las muñecas del teutón las esposas automáticas de doble cierre, dejándole inutilizado, con las manos trabadas sobre la nuca, en una postura violentísima que iba coloreando el cuello y las mejillas de su víctima.

—Siéntese en este sillón —añadió, mientras el cómplice del doctor Kuhn retrocedía unos pasos, para caer como un fardo sobre el mullido asiento—. Y usted, Connolly, siéntese en aquella silla, de cara a la pared, sin bajar las manos.

Cuando lo hubo hecho, Sullivan se quitó rápidamente la corbata y con ella anudó al respaldo de la silla las muñecas del joyero con una destreza asombrosa. Sin perder un minuto desciñó al alemán el cinturón de cuero que sujetaba el pantalón y le ató en medio minuto las piernas por encima de los tobillos, de tal modo, que le era imposible dar un paso ni utilizar las manos.

Hizo lo mismo con las piernas del joyero, empleando su correa, y terminada esta operación, inspeccionó los cajones de la mesa, en

busca de otra arma cualquiera y del consabido estuche.

Convencido de que allí no había ninguna de las dos cosas, ni en el armario que se hallaba enfrente, abrió la puerta, que cerró por fuera con la llave que antes había arrancado de la cerradura, y salió a la tienda en busca del dependiente.

El empleado, indudablemente advertido por el código privado de las dos señales acústicas o luminosas que antes le había transmitido su jefe con el pulsador, y que no habían escapado a la perspicacia de Sullivan, estaba todavía bajo la desagradable impresión de la alarma suscitada, aunque el inspector no podía adivinar el alcance de la orden transmitida por aquel conducto secreto.

—Soy el inspector Sullivan, del

F. B. I.

No intente resistir ni engañarme, porque será inútil y funesto para usted. Su jefe y el visitante que entró hace un momento están a buen recaudo. Estoy enterado de todo; deme el estuche que había de recoger el doctor Kuhn. ¡Pronto, por su bien! No se exponga tontamente en una cuestión tan grave, en la que usted es un simple peón que lleva todas las de perder. No le pasará nada si me obedece, pero piense en la silla eléctrica en el caso contrario. Venga, deme el estuche.

El azorado dependiente, sugestionado por la actitud y la fulgurante palabra del inspector, iba a claudicar de su primitivo propósito de resistencia; pero en ese preciso momento, la entrada de un cliente cortó la dramática escena. Sullivan le ordenó en dos palabras:

—Despídale con cualquier excusa. ¡Pronto!

El cliente, que no pudo apercibirse de la tensión del momento, formuló unas preguntas, y el dependiente, un tanto rehecho de su azoramiento, supo convencerle enseguida de que no tenían lo que buscaba, mientras le mostraba algunas joyas de distinto carácter.

Otra vez solos, el inspector volvió a la carga con mayor vehemencia, encañonándole con su pistola para reforzar el tono persuasivo de su voz.

—No hay tiempo que perder; deme el estuche o dígame dónde se encuentra, porque es su única salvación.

—No lo tengo, inspector; se lo juro —dijo, por fin, el

dependiente, presa de un temblor de pánico.

—¿Dónde está, entonces? Hable pronto, sin rodeos.

—Al recibir la señal de mi jefe lo eché por esta trampilla —dijo, señalando un pequeño rectángulo marcado en el pavimento, junto a una de las vitrinas.

—¿Con qué se comunica esta escotilla? ¡Responda!

—Con el sótano de la tienda.

—¿Tiene comunicación con el exterior?

—Sí; por un subterráneo comunica con la cochera.

—¿Dónde está la entrada al sótano?

—En el despacho del jefe.

Sullivan, sin esperar más, cacheó al desconcertado dependiente, y convencido de que estaba desarmado, abrió el despacho como una tromba.

Una rápida ojeada le bastó para comprender que había llegado tarde. El alemán, al que consideraba como el más avezado y peligroso, y por ello le colocó las únicas esposas de que disponía, seguía sentado e inmóvil en el sillón; pero el joyero había podido deshacerse de sus trabas y había desaparecido. La mesa estaba desplazada de su sitio, y debajo de ella se abría un escotillón de bajada al sótano, por el que indudablemente acababa de escapar, no sin antes haber recogido el estuche escamoteado por el dependiente.

Hombre de decisiones rápidas, descolgó el micro teléfono y se puso al habla con la Jefatura de Policía, reclamando inmediatamente la presencia de algunos agentes. La proximidad de la Jefatura permitió que unos minutos más tarde quedaran detenidos el dependiente y el alemán.

Después intentó, en compañía de dos agentes, por puro trámite, una exploración en el sótano y en el subterráneo, aunque, como él imaginó desde el primer momento, ya era tarde para cazar al avisado joyero.

Chasqueado y mohíno, pero más empeñado que nunca en alcanzar su objetivo, cambió unas palabras con el sargento a fin de que terminara las diligencias del caso y salió a la calle como una flecha, aunque realmente sin rumbo fijo, algo despistado por el nuevo giro que acababan de tomar los acontecimientos.

XI

UNO MÁS EN LA REDADA



LADE, el ayudante del inspector Fred Sullivan, abandonó apresuradamente el muelle, simulando su condición de pasajero del transatlántico británico que unos minutos antes había rendido viaje. Portaba un maletín enfundado y una cartera de cuero. Llegó a la primera parada de «taxis» y tomó un coche, a cuyo conductor dio con naturalidad una dirección:

—Al hotel Shelton.

—Sí, señor; en Manhattan.

Mientras atravesaban la ciudad, Slade iba rumiando sus

pensamientos, sin comprender del todo las consignas recibidas de su jefe. Todo era incierto para él. Sólo tenía, como datos de referencia, una vaga descripción del doctor Kuhn, al que no conocía personalmente, y unas cuantas indicaciones acerca de los individuos que le servían de enlaces con la organización que alimentaba para sus oscuros manejos de espionaje.

El coche paró a la puerta del hotel, y enseguida un «boy», solícito y ceremonioso, casi arrebató a Slade todo su equipaje, invitándole a seguirle hasta el departamento de recepción.

Ultimados los requisitos protocolarios de entrada, subió a su habitación y respiró satisfecho cuando el «boy» cerró la puerta, quedando a salas con sus pensamientos. Estaba algo turbado, más que por su escasa información, por la premura y celeridad con que era preciso comenzar su labor.

Tenía que averiguar, en primer término, si su pista era segura; es decir, si el doctor se hospedaba en el hotel.

Y en tal supuesto, establecer contacto directo o indirecto con él para descubrir sus planes y obtener el mayor número posible de datos acerca de su organización y de sus colaboradores.

Todo ello, sin embargo, tenía que realizarlo con absoluto sigilo, para no poner sobre aviso al interesado.

¿Cómo conseguirlo? Torturando su cerebro, se afanaba en vano por encontrar la fórmula que le permitiera controlar el censo de sus compañeros de hospedaje, como primera providencia, sin revelar su personalidad.

La verdad es que su jefe —pensaba Slade— le había encomendado una misión tan peliaguda, que no estaba muy seguro de salir airoso, por lo que se sentía nervioso y desazonado.

Pero un agente especial del

F. B. I.

no debía experimentar el menor desaliento, por muy espinosa que fuera su labor. Y además no tenía tiempo de entretenerse en divagaciones estériles. Había que actuar inmediatamente y con toda sagacidad.

Consultó su reloj, y de momento pensó que en el comedor tendría ocasión de conocer a todos o a casi todos los huéspedes del hotel.

Antes de salir de su cuarto pidió comunicación con su jefe,

utilizando un teléfono convenido, para tranquilizarle en cuanto a su llegada al escenario de sus investigaciones.

—Sin novedad. Todo va bien, y dentro de unos momentos comenzaré mi trabajo.

—Espero en mi despacho. Llame en cuanto tenga alguna noticia que darme o vaya a verme enseguida si termina pronto. ¿Comprende?

—De acuerdo. Creo que no tardaré en aclarar nuestras dudas.

—Desde luego. De otro modo, abandone la operación, porque antes de la noche he de resolver nuestro «negocio», que no admite espera. Mañana sería tarde. ¿Entendido?

—Perfectamente. Hasta luego.

Bajó presuroso al comedor, situado en el entresuelo, y aun comprendiendo que era algo prematura su llegada, a juzgar por el escaso número de personas que en él se encontraban, quiso que no se le escapara, en el examen propuesto, ni uno solo de los comensales.

Tomó asiento en una mesa situada estratégicamente y se enfrascó en el análisis de la carta, pensando que lo cortés no quita a lo valiente. Estimaba compatible el escrupuloso desempeño de su misión con el meticuloso acopio de calorías. Era más «gourmand» que «gourmet», por lo que eligió un menú abundante y positivo, prescindiendo de problemáticos primores culinarios. Lo positivo era su norma, y a ella se atuvo.

De una ojeada comprendió que ninguno de los personajes que, como él, al parecer, tenían prisas por reponer energías, dando quehacer a los atildados camareros y al engolado «*maitre*», merecían su atención. Ninguno de ellos tenía el menor parecido con el retrato verbal que su jefe le hiciera del misterioso doctor Kuhn.

Despaciosamente, con una flema que estaba muy lejos de sentir, comenzó a saborear el menú elegido, mientras fingía leer la Prensa extendida en un lado de la mesa. De cuando en cuando penetraban en el comedor nuevos comensales, a los que el agente iba examinando de pies a cabeza por riguroso tumor de entrada.

Llegó un momento en que casi todas las mesas se hallaban ocupadas, y Slade tenía el postre en la suya, pues no había podido dilatar más su intervención gastronómica. Ya desconfiaba del éxito de su empresa, pensando que el doctor, si es que se alojaba en el

hotel, tenía que haberse hecho servir la comida en su habitación. Ideando el procedimiento para salir de una vez de aquellas dudas, impaciente por resolver la incógnita que le torturaba, vio de pronto que un «boy» irrumpía en el comedor invocando en voz alta:

—El doctor Kuhn, al teléfono... Llaman al doctor Kuhn. Cabina número cuatro.

Enseguida se levantó un caballero, que se hallaba sentado de espaldas a Slade, en un extremo del salón, semioculto por una columna, por lo que no había reparado en él al penetrar en el comedor, donde ya se hallaba con antelación, y salió tras el «boy» apresuradamente.

El agente sintió que la alegría se le desbordaba y tuvo que hacer un esfuerzo para reprimirla. Todos los datos que había de contrastar para la identificación, coincidían exactamente con aquella persona; pero, además, tenía la más plena confirmación en el hecho de haber acudido a la llamada del «boy». Era él, no cabía duda, y ya tenía ganada la primera batalla. Ahora le quedaba por ejecutar el plan que llevaba preparado, salvo contingencias del momento.

Terminó de comer, y antes de salir del salón ya estaba de vuelta el personaje que tanto le preocupaba, tomando asiento de nuevo en su mesa y reanudando la comida, en compañía de otro individuo que no se había movido de su asiento.

Slade se encaminó al salón de fumar, pero en el vestíbulo encontró al «boy» que minutos antes había hecho la llamada al teléfono. Sin titubear, se dirigió a él, preguntando:

—Oye, muchacho: ¿qué habitación ocupa el doctor Kuhn?

—La habitación ciento ochenta y cinco, señor. ¿Desea que le pase algún recado?

—No, no. Ya le veré luego. Gracias.

Dándole unas monedas, penetró en el salón; junto a uno de los ventanales tomó asiento, buscando la soledad para meditar su inmediato plan de acción. Era preciso actuar rápidamente, empezando por localizar la habitación del doctor.

Suponiendo que éste no tardaría en abandonar el comedor, subió al piso que correspondía al apartamento indicado, y con facilidad pudo lograr lo que se proponía.

La habitación se hallaba al final de un pasillo, contigua al cuarto de plancha y guardarropa de la servidumbre del piso. La puerta de

esta pieza se hallaba entornada, y, fingiendo ignorar su destino, la empujó suavemente, explorando su interior. No había nadie, ni era probable que a aquella hora le sorprendiera ninguna camarera.

Decidido, sin pensarlo un instante, entró en el guardarropa y cerró por dentro. Era una pieza de regulares dimensiones, rectangular, con paredes estucadas. Al fondo, una estantería repleta de juegos de cama de repuesto y toallas. En el lateral izquierdo, adosado a la pared medianera con la habitación del doctor, un gran tablero de madera para el servicio de plancha, levantado a la altura de una persona de pie, firmemente apoyado sobre una armarito enano con menaje de limpieza y aseo. A la derecha, un lavabo y un armario ropero de prendas de uniforme.

Sobre el tablero, a la altura de la cenefa superior del decorado, sobre la moldura de escayola, descubrió una placa de cristal de unos veinticinco centímetros de larga por diez de ancha, que correspondía, sin duda, a algún registro de timbres o del alumbrado.

Se encaramó sobre el tablero, y fácilmente alcanzó con el brazo a tocar el cristal, que, por ser de corredera, quedó pronto desviado a la derecha. En efecto, era un profundo registro de timbres, cuya pared de fondo debía de ser sumamente delgada. Necesitaba auparse algo más para reconocer aquel dispositivo.

Colocó una silla sobre el tablero, y, guardando cuidadosamente el equilibrio, quedó el registro a la altura de su vista. Con sus tijeras de bolsillo punzó el fondo del recuadro y con gran contento notó que cedía ante su presión, hasta abrir un agujero suficiente para observar la habitación contigua. Su campo visual, sin embargo, era muy limitado, pero al ensanchar la abertura le permitió abarcar más de un tercio del apartamento.

Cuando su vista se acostumbró a las dimensiones de aquel observatorio, pudo apreciar que en la habitación había un hombre sentado en una butaca, junto al ventanal de enfrente, al lado de una mesita escritorio.

Su imaginación, exprimida hasta lo inverosímil, no pudo darle la clave de tal descubrimiento. Pero su perplejidad duró sólo unos instantes, ya que sintió pasos en la galería y el ruido de la puerta al abrirse.

El doctor y su acompañante en el comedor, avanzaron hacia

aquel extraño sujeto, que se levantó inmediatamente de su asiento, dando muestras de una gran impaciencia y preocupación.

El doctor le preguntó solícito:

—¿Ya ha comido, señor Connolly? ¿Ha tenido bastante?

—Sí, doctor. Sólo he tomado unos «sándwiches» y un poco de fruta. No tengo apetito. Me urge más que resuelva mi situación. Temo que la Policía me localice antes de veinticuatro horas.

—No se inquiete, Alan. Nadie le ha visto entrar aquí, y en un hotel de esta importancia es fácil despistar a cualquiera. De todos modos, esta noche a las nueve vendrá el coche para trasladarle al refugio, hasta que pase un poco de tiempo. Allí en el hotelito «Pall-Mall»,

en el valle del Bronx, tendrá todo el confort que pueda apetecer para su temporada de reposo.

—Bien, doctor. Pero supongo que cumplirá su promesa de entregarme los cincuenta mil dólares antes de marcharse. De mi joyería se incautará el Estado; lo he perdido todo, soy un fugitivo y tal vez no pueda recuperar la vida civil. Sin embargo, con esa cantidad, si logro burlar a la Policía, quizá pueda montar, con nombre supuesto, algún negocio en cualquier otro Estado de la Unión. Me hubiera sido fácil librarme de esta bancarrota con sólo entregar el estuche al inspector, pero lo he arriesgado todo por cumplir mi palabra y servirle a usted.

—Mi querido señor Connolly, no fantasee. Sabe muy bien que el espionaje y su encubrimiento es delito de alta traición, castigado con la última pena, y usted no se hubiera librado de la «silla», pese a las promesas capciosas de ese policía. Esto es lo que le ha hecho emprender la huida, y el sueldo de los cincuenta mil dólares, claro está, que le serán entregados en su nueva residencia en plazo breve, porque ya comprenderá que aquí no podía guardar tan fuerte suma.

—Y ¿quién me entregará esa cantidad?

—Yo me marcho mañana a primera hora a mi país. Al amanecer saldré para el puerto, para embarcar en el «Hilland Brigade», pero ya tiene el señor Storer, mi secretario, aquí presente, las instrucciones precisas para cumplir en mi nombre lo prometido.

—Eso no me da ninguna garantía. Dijo que me entregaría el dinero al llegar el estuche a sus manos. Necesito ahora mismo esa cantidad, y no saldré de aquí hasta que me la entregue. Si antes me

he jugado la vida, estoy dispuesto a jugármela de nuevo, pero no me fiaré más de su palabra.

Súbitamente se colocó junto al pulsador del timbre, al otro lado del escritorio, que le servía de parapeto.

—O cumple lo estipulado, o llamaré sin titubear a la Conserjería.

El doctor se dio cuenta enseguida de que la codicia del joyero había hecho saltar sus nervios, y cualquier imprudencia podía comprometer el éxito de su misión, cuyo final se hallaba tan próximo, después del gravísimo riesgo en que la había puesto la audacia y sagacidad del inspector Sullivan. Por ello, sin perder la calma, y huyendo de cualquier acto de fuerza que, con la ayuda de Storer, probablemente hubiera dado al traste con la actitud del joyero, aunque con el indudable peligro de un escándalo en el hotel, de fatales consecuencias, exclamó con acento conciliador:

—Alan, si se empeña en desconfiar de mi palabra, no tendré más remedio que salir a buscar el dinero, mientras le acompaña mi secretario. De modo que espere aquí, que volveré antes de la noche. Pediré un «taxi» y se dirigió al teléfono.

Viendo que el doctor se disponía a salir, antes de que llegara el coche, Slade bajó de su observatorio y, sin despedirse siquiera, salió sigilosamente del hotel, en el que había dejado, entrando con nombre fingido, dispuesto a abandonarlo —como ahora lo hacía— su vacío maletín y su pobre cartera.

Buscó un «taxi» y, calculando la llegada del que había pedido el doctor, se situó a unas yardas del hotel. A los pocos minutos, apareció el coche, que enseguida ocupó el alemán, tras el cual salió el agente, ordenando al conductor que se mantuviera a prudente distancia.

La carrera fue breve, pues al llegar al final de la avenida, el doctor se metió en un bar, despidiendo el «taxi». Slade hizo lo mismo, entrando en el establecimiento al tiempo que el alemán preguntaba por la cabina telefónica.

El agente pensó en el acto en el medio de interferir la comunicación, cualquiera que fuese, que trataba de establecer el doctor. Pero sólo había un procedimiento y la suerte le fue propicia.

Cuando el espía llegó a las cabinas, estaban las dos ocupadas, y hubo de entretener la espera acercándose a la «barra» para pedir algo que Slade no entendió, porque en ese instante salía el ocupante

de una cabina y entró en ella, ganándole por la mano al doctor. Marcó rápidamente el número de control de la Central y esperó.

—Aló, control. Consigna

«Queen's-Hunter

seis dos ocho». Aquí el agente Slade, del

F. B. I.,

en la cabina número dos del Bar Picadilly, en Lexington Avenue.

Responda.

—Responde control, a la escucha.

—Conecte llamada inmediata cabina número uno, para interferir comunicación mientras mantenga línea. Responda.

—Responde control, conforme. Cuelgue en espera de llamada intermitente.

Slade colgó el micro teléfono y esperó la señal del control, que no se hizo esperar, pues ya se hallaba en la cabina contigua el incauto doctor. Cuando éste comenzaba a hablar, la Central había hecho ya la llamada magnética al agente, que pudo oír con toda claridad.

—¿Hablo con el ciento ochenta y cinco del Hotel Shelton?

—Sí; dígame.

—Es usted, Storer, ¿verdad? Soy Kuhn.

—Sí; Storer al habla.

—Escuche atento y no haga comentarios. Oiga solamente, sin decir nada, para que no se entere su acompañante. No volveré hasta después de las nueve. Justifique mi tardanza con cualquier pretexto verosímil y muestre su disgusto. Por todos los medios, óigalo bien, consiga la salida de Alan a las nueve. Evite estridencias. Cuelgue sin hablar. Adiós.

Slade abandonó su cabina tras el doctor, y mientras éste volvía a la «barra», él ocupó una mesita en un lugar que le permitía vigilar al espía. Éste, al cabo de un largo rato, salió a la calle, y el agente ya no tuvo interés en seguirle, pues le urgía comunicar a su jefe todos sus descubrimientos, para proceder en consecuencia antes de que llegase la noche.

Cuando el agente terminó su fogoso relato, lleno de satisfacción por el éxito de sus investigaciones, el inspector le felicitó sonriente, dándole unas palmaditas en la espalda.

—Muy bien, Slade; ha cumplido usted admirablemente su misión, dando pruebas de un gran ingenio y discreción extraordinaria. Ya tenemos en la mano todos los hilos de la trama, y muy pronto podremos cerrar la malla, apiolando hasta el último traidor.

—Podría haber sorprendido a las tres alimañas en su propia madriguera, en su brillante cubil, pero aunque no me asustaba la desigualdad de fuerzas, probablemente su desesperada situación hubiera provocado un escándalo en el hotel, de tener que actuar por la violencia, que fue lo primero que usted me prohibió, porque pugna con las normas de nuestra organización.

—En efecto, Slade; no era prudente. Ha sido mejor así, y no se nos escapan. Me interesa atrapar al doctor en franca huida y con el cuerpo del delito en su único poder, a fin de que no tenga refugio posible y expíe su culpa íntegramente. Es el más peligroso, por su ciencia, y he de hacer honor a la confianza en mi depositada. Además, que así aumentaremos la redada con la captura del joyero, y descubriremos lo que encierra el cuartel general de esta poderosa célula del espionaje internacional, cuyo emplazamiento no habíamos podido localizar hasta ahora. Le felicito sinceramente, Slade.

—Gracias, inspector. Y ahora, dígame qué debo hacer.

—Espere un momento y lo sabrá.

Sullivan se puso al habla con el capitán Tarleton, entablándose el siguiente diálogo:

—Aquí Sullivan, capitán. Ya comprenderá que, cuando le llamo, es porque necesito su ayuda. El desenlace se acerca y hay que proceder con mayor cautela que nunca para no errar el golpe.

—De acuerdo, inspector. Estoy deseando conocer sus planes. Cuente conmigo incondicionalmente.

—Pues escuche atento, Tarleton, y anote bien los datos que voy a darle. Esta noche a las nueve estaré situado con mi coche, para no despertar sospechas con ninguno oficial de la Policía, a unas cincuenta yardas del Hotel Shelton, en espera de que otro coche, cuyas características desconozco, llegue a la puerta y lo ocupe el joyero. Al arrancar, emprendremos la persecución mi ayudante y yo, hasta llegar al barrio del Bronx, donde tienen la guarida.

—¿En qué sitio, Sullivan?

—Exactamente en el chalet «Pall-Mall», en el valle del Bronx River, junto al *boulevard* Bruckner, pasado el Harlem. Usted deberá situar su fuerza en el mismo *boulevard*, esperando mi aviso, para realizar el copo, a partir de esa hora.

—Comprendido, inspector. Allí nos veremos. Pero ¿tiene idea de qué resistencia podemos encontrar?

—No, en absoluto; por lo que no estaría de más que previamente realizara una exploración alguno de sus hombres. De todos modos, no creo que haya que temer ninguna sorpresa, porque la banda se halla medio desarticulada con la fuga del doctor.

—De acuerdo. Hasta luego y buena suerte.

Para entretener la espera, salieron ambos a la calle, y, mientras deambulaban sin rumbo fijo, acabaron de puntualizar todos los detalles del arriesgado plan.

Antes de las nueve, Sullivan y su ayudante vigilaban desde su coche la puerta del hotel. A la hora convenida, un automóvil sedan hacia su aparición, y a los pocos minutos lo ocupaban el joyero, en compañía de un individuo que, al parar el coche, había salido de su interior para ir a buscar a su acompañante.

Los dos coches, separados por una distancia que Sullivan mantenía con gran dificultad por el intenso tráfico urbano, enfilaron el camino del Bronx, a una velocidad que se iba acelerando a medida que se alejaban del centro de Manhattan. Cuando llegaron a las inmediaciones del chalet, el sedán se detuvo, sin duda para asegurarse de que no era perseguido. Comprendiéndolo así, Sullivan apagó los faros, hundiendo la silueta de su coche en la oscuridad.

A poco, el primer vehículo avanzó despacio, hasta llegar a una pequeña puerta en la empalizada del jardín. Los dos ocupantes del coche entraron con premura, y el vehículo se alejó hacia la derecha, camino del *boulevard*.

Sullivan, con las luces apagadas, se situó a bastante distancia, en un recodo de la izquierda, pero sin perder de vista el hotel.

Los dos hombres permanecieron en observación un largo rato; para asegurarse de que el otro coche no volvía, y al comprobar que el paraje estaba solitario a aquellas horas, se decidieron a actuar.

—Slade, busque al capitán Tarleton y dígame que vengan los coches por distintas direcciones, sin hacer uso de las sirenas. Tengo

un plan que he de exponerle personalmente. Aquí espero.

Diez minutos más tarde, tres coches de la Policía paraban frente a las tres fachadas vulnerables del edificio.

El capitán se acercó en compañía de Slade.

—Buenas noches, Sullivan. ¿Ya los tiene en la trampa?

—Hola, Tarleton. Eso creo, pero ignoro el misterio que encierran esas paredes.

—La soledad es completa, y el silencio absoluto. Parece que los pájaros se recogen pronto.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. No podemos dar lugar a que salga nadie del refugio, pero no quiero provocar la alarma con una irrupción armada. Me interesa sorprender a la pandilla en su libre juego, para obtener toda la Información posible sobre sus planes y sobre los secretos de este retiro, que supongo han de ser sabrosos.

—Está bien; pero ¿cómo conseguirlo?

—Tengo un plan. Voy a reconocer el chalet, para ver si es posible escalar la tapia y penetrar en su interior sin ser visto. Sí lo consigo, Slade me guardará la espalda, y en caso de cualquier aviso suyo, mediante el reclamo acústico, ustedes intervendrán inmediatamente, sin miramiento alguno.

—Eso es muy arriesgado, Sullivan. Si le descubren y son varios los que ahí se ocultan, puede costarle la vida si llegamos tarde. Creo que sería mejor asaltar el hotel y atraparlos a todos, evitando complicaciones.

—No, capitán, porque me interesa ahorrar sangre y adquirir pruebas inconcusas de culpabilidad. Ya procuraré yo no arriesgarme inútilmente. Respete mi plan y permanezca expectante con su fuerza, listo para entrar en acción a la primera alarma.

—Como quiera. Desde luego le garantizo que no se escapará ninguno.

Tarleton distribuyó a sus hombres, rodeando el edificio, a prudente distancia, ocultos convenientemente, con las armas a punto.

Sullivan y Slade, como dos sombras, se deslizaron en la oscuridad, pegados a la tapia, hasta llegar al final de la empalizada de la izquierda. Ésta se unía al cuerpo central del chalet por un manchón que iba elevándose por tramos de unos cincuenta

centímetros, lo que aumentaba su altura doblemente por el declive del suelo en aquella parte.

Junto a la unión con el muro, había un cenador cuya estructura metálica ofrecía la suficiente resistencia para utilizarlo como punto de apoyo en la escalada. Desde allí al primer balcón de la planta alta podía llegarse en una fácil estirada. La elasticidad de los músculos del inspector aguantaría la prueba sin grandes inconvenientes; no obstante, dieron la vuelta al edificio, buscando otro punto más vulnerable, pero no lo encontraron, porque la altura era mayor y los demás balcones se hallaban muy despegados del resto de la tapia.

Volvieron al lugar reconocido previamente, decididos a realizar su propósito. La mayor dificultad estaba en salvar la altura del muro de cerramiento, pero Sullivan, encaramándose sobre los hombros de Slade, pudo alcanzar el saliente del tramo más bajo y, con un impulso de atleta, se puso a caballo sobre la tapia. Desde allí, agachándose cuanto pudo, prendió por las manos a su ayudante y lo elevó a pulso como si fuera una pluma.

Después, flexionando ágilmente sus piernas, se colgó de la balaustrada del balcón y lo coronó en pocos segundos sin novedad. Slade hizo lo propio, y allí quedó sirviendo de enlace entre su jefe y la fuerza exterior, al mismo tiempo que se hallaba en disposición de acudir en socorro del inspector tan pronto escuchara señales de cualquier refriega.

Sullivan empujó la puerta de cristales del balcón, pero se hallaba echada la falleba y no cedía. Aplicó su fino oído y no sintió ruido alguno. Entonces, con un diamante que siempre llevaba a prevención, cortó limpiamente la vidriera en su parte baja, y se introdujo sin dificultad en la habitación correspondiente, mientras su ayudante, pistola en mano, trataba de penetrar las tinieblas, pronto a intervenir. No hubo necesidad de ello, porque estaba vacía, sin duda, y Sullivan pudo quitar la falleba, dejando expedita la entrada.

Con su linterna sorda reconoció la habitación. Era una salita limpia y aseada, con moderno mobiliario, que debía de ser poco frecuentada, a juzgar por el orden que en ella imperaba.

Lentamente, procurando no hacer el menor ruido, abrió la puerta frontera al balcón, y salió a un pasillo iluminado por tenue

claridad. Ésta provenía de la planta baja, en la que oyó rumor de voces distantes.

Avanzó con cautela, mientras Slade le observaba desde la puerta, y a los pocos pasos encontró un recodo en el que tenía su arranque la escalera de bajada.

Hizo una seña a Slade, le situó en aquel punto, como vigía, y él se dispuso a reconocer las cuatro habitaciones que abrían sus puertas al pasillo, suponiendo fundadamente que todos los individuos de la pandilla del doctor estaban celebrando abajo solemne cónclave, como demandaban las circunstancias, bien ajenos a lo que en la parte alta estaba ocurriendo.

Entró en la primera pieza y descubrió un dormitorio del mismo tono que la salita. Abrió el armario, reconoció la mesita de noche y husmeó por todos los rincones, sin advertir nada sobresaliente.

Las dos habitaciones siguientes eran otros tantos dormitorios, igual que el primero, por lo que tampoco se detuvo en ellos. En cambio, la última habitación despertó su curiosidad, porque estaba cerrada con llave y no pudo abrirla. A juzgar por el sitio de su emplazamiento, quedaba más de un tercio de fachada hasta el costado opuesto de la casa, por lo que aquella habitación debía de comunicarse con algunas otras interiores. Sin embargo, hubo de renunciar por el momento a confirmar su hipótesis, pues le corría más prisa averiguar qué ocurría en el piso de abajo.

—Slade, quédese aquí, en el primer tramo de la escalera, y en cuanto oiga algún disparo o fragor de lucha, avise a la Policía por el balcón y baje enseguida.

—Perfectamente, inspector; pero preferiría acompañarle y correr su suerte. Entre los dos creo que podríamos dominar mejor la situación.

—No tema, creo que me bastaré. Esté atento, de todos modos.

Al llegar al primer rellano de la escalera, dominó la rotonda de la planta inferior, un amplio «*hall*» en semipenumbra, decorado y amueblado con refinado gusto, dentro de una elegante sencillez.

Enfrente del tramo final de la escalera se hallaba la puerta principal de entrada. A la derecha, dos puertas cerradas con gruesos cortinones de terciopelo. Y a la izquierda, otras dos puertas semejantes, una de las cuales tenía recogidas las cortinas. A través de los cristales emplomados de su puerta de dos hojas, se filtraba

una suave claridad y el murmullo de la conversación que indudablemente mantenían varias personas. alguna de ellas elevaba de cuando en cuando el tono de su voz, como imponiendo su autoridad, con acento un tanto destemplado.

Sullivan, tras unos momentos de indecisión, descendió rápidamente y se dirigió a la habitación contigua a la única que parecía concentrar toda la actividad de los moradores del inmueble. Empuñó la manivela de la puerta y con gran alegría comprobó que podía entrar sin ningún obstáculo. Así lo hizo y cerró enseguida.

El resplandor de la habitación inmediata penetraba también a través de otra puerta cristalera de comunicación interior, por lo que pudo ver que se encontraba en un laboratorio espacioso, de paredes chapadas de blancos azulejos, con una larga mesa de mármol en su centro, abarrotada de alambiques, retortas, probetas, tubos de ensayo y mecheros de gas. En un amplísimo vasar, incrustado en la pared, a la altura de la mesa, había infinidad de aparatos extraños, y junto a la puerta, ocupando todo el ángulo de la derecha, una estantería niquelada, repleta de libros, al lado de una gran mesa escritorio, con dos filas de cajones a ambos lados, y un sillón giratorio.

Era indudablemente el «Sancta Sanctorum» del doctor Kuhn, un espléndido gabinete de trabajo, dotado de todos los elementos de la ciencia moderna. La escasa iluminación no le permitía precisar bien los detalles, pero era evidente que aquel laboratorio daba ciento y raya a los que él había podido visitar anteriormente.

Iba a situarse junto a la puerta medianera, cuando sintió pasos en el «*hall*». Prestó atención para averiguar hacia dónde se dirigían, y apenas tuvo tiempo de esconderse detrás de la puerta de entrada, porque ésta se abrió dando paso a un individuo que extendió el brazo hacia el interruptor de la luz; pero no llegó a tocarle, porque Sullivan le hizo desplomarse en sus brazos de un certero culatazo en el cráneo. Fue una maniobra fulminante y silenciosa, que respondió a una instantánea reacción de su cerebro.

Arrastró a su víctima hasta el escritorio, y al examinarla con su linterna vio que se trataba de un criado o servidor de la finca, por su inconfundible indumentaria. Le ató fuertemente con el cordón de movimiento del cortinaje, y le amordazó con un pañuelo, previniendo que en breve recuperara el sentido.

No obstante, el incidente le sirvió para darse cuenta más exactamente de que en la casa podía haber más personas de las que se hallaban en la habitación iluminada, y que había que actuar sin tardanza.

Aplicó el oído, hiperestesiado y anheloso, a la puerta cristalera, en su parte baja, tendido en el suelo, y hasta él llegó, perfectamente audible, el siguiente diálogo:

—Ya lo sabe, señor Connolly; hasta que venga el secretario del doctor, tendrá usted que suprimir esa monserga del dinero. Si no entra en razón, tendré que encerrarle. Correrá la suerte de todos y no podrá modificar la situación, por más que se empeñe. Está usted tan manchado como nosotros, y no le queda otro remedio que ser razonable y no empeorar las cosas con exigencias impertinentes.

—Pero tiene razón en lo que dice, Küsters. ¿Cuándo regresará el doctor, si es que regresa?

—No digas tonterías, Thomas. En su ausencia, Storer, su secretario, que está compenetrado con él, continuará sus actividades. Todo seguirá lo mismo, porque en Oak Ridge se están haciendo nuevos experimentos, que yo no entiendo, que interesan muchísimo al doctor. Esto asegura su vuelta, no lo dudes. Los enlaces seguirán remitiendo datos y «microfilms», que Storer se encargará de clasificar y poner en sitio seguro. El ayudante del profesor Morrison continuará los envíos por un nuevo conducto, ahora por intermedio de la señora Merriwhether, dueña de la casa de modas «Flower», en Broadway.

—Sí, y mientras tanto —terció Koch, el último de los cuatro contertulios, un tipo repugnante, el dogo de la cuadrilla— el círculo se va estrechando cada vez más, asfixiándonos a todos. Ya estoy un poco harto de ver cómo se cierra esta tela de araña, acorralándonos misteriosamente.

—Ten paciencia y serenidad, que aquí no nos descubrirá nadie. Y aunque nos descubriesen, todo está previsto. Los reactivos, las fórmulas, las claves y cuanto pudiera comprometernos, está encerrado en el muro, en el laboratorio, en la caja de plomo que ideó el doctor. Lo demás, es fácil de explicar por Storer, que es titulado universitario, dedicado a pacíficos estudios físico químicos.

—Y nosotros, ¿qué somos, qué actividad justificamos?

—No seas bruto, Koch. Yo, como técnico en fotografía, puedo

justificar la existencia de todas las cámaras, ampliadoras, hiposulfitos e hidroquinonas. No te preocupes. Thomas es mi ayudante y tú eres el jardinero. La servidumbre es de toda confianza, y Heric, el chófer, los vigila constantemente, mezclado entre ellos, para liquidar al que se desmande.

—A mí me gustan otros procedimientos. Yo ya habría quitado de en medio este estorbo —y señaló al asustado joyero.

—No seas animal. Hay que cumplir lo que ordena el doctor. Le ocultaremos en el almacén del sótano, que no tiene más entradas que la de la leñera del jardín y la del resorte de la estantería del laboratorio. Allí se le llevará la comida y permanecerá hasta que vuelva el doctor.

—Pues cuanto antes lo hagamos, mejor. Yo tengo que volver a Manhattan.

—Espera un poco. Voy a escribirte una nota para el doctor y ahora subirás a recoger alguna ropa para el sótano.

Sullivan, sin esperar más, salió del laboratorio y, corriendo como un corzo, en un zigzaguo silencioso, llegó junto a Slade, ordenándole jadeante:

—Avise al capitán y dígame que uno de sus hombres llame a la puerta, irrumpiendo los demás en cuanto arrolle al que acuda a abrirla. Vuelva usted aquí enseguida, que vamos a tener trabajo.

Al poco rato, el ruido de un timbre en el «*hall*» acusó que la calma acababa de romperse, al mismo tiempo que su ayudante se reunía con él.

Un criado acudió a la llamada y uno de los individuos salió al vestíbulo, cortándole el paso.

—Espere un momento, Koch —llamó, acuciante—, acompáñale y quédate al pie de la escalinata para ver quién es y avisar inmediatamente si se trata de un desconocido. Tú, Thomas, llévate al joyero. Yo me voy arriba. Pasad al despacho a quién sea. Pronto.

Todos se distribuyeron como ordenó el cabecilla, y cuando éste coronaba la escalera, Sullivan y Slade le hicieron pasar en un santiamén al mundo de las nieblas, completamente inconsciente, de un terrible mazazo del puño del inspector, que surgió como una catapulta de la oscuridad del pasillo. Después de registrarle convenientemente, le encerraron con llave en una de las alcobas, y bajaron a consumir el copo, en el momento en que la Policía

invadía el «*hall*».

—Tarleton, registre la casa por el ala de la derecha y detenga a cuántos encuentre. Slade, encierre al sirviente. Y usted, Koch, entre en el laboratorio e indíqueme el resorte de la estantería, para bajar al sótano.

Seguidos de tres agentes, penetraron en el laboratorio, en el que se debatía, vuelto en sí, el sujeto que Sullivan había maniatado tan diestramente.

—Pronto —acució el inspector—, ¿dónde está el resorte?

El interpelado, sin comprender cómo podía estar tan enterado aquel desconocido que no entró por la puerta, oprimió un pulsador de bakelita, perfectamente disimulado, y la estantería giró con lentitud, descubriendo el acceso al sótano.

—Baje delante y hable a los dos que ahí se han ocultado, para que no hagan ninguna tontería.

Así lo hizo el aludido, de muy mala gana.

—Thomas, soy yo, Koch. Tengo que hablarte.

Nadie respondió. El amplio almacén estaba lleno de envases y de mil enseres diversos. Pero allí no había ningún ser humano.

—Llévenos a la salida de la leñera.

Cuando llegaron a ésta, la Policía acababa de atrapar a los dos fugitivos. Al divisar el joyero al inspector, un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo, quedando como petrificado por el terror.

—Buenas noches, señor Connolly. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Ya ve que el

F. B. I.

está en todas partes. Se ha tomado demasiadas molestias y necesita reposo; pero no se preocupe, que ahora podrá descansar a su gusto.

El joyero no pudo articular ni una palabra. Estaba anonadado. Se dejó llevar como un autómata, y todos volvieron al interior del chalet.

—Slade —ordenó Sullivan—, tráiganme al que está arriba, que es el cabecilla. Tiene que revelarme un secreto sabroso.

Cuando bajó esposado y hecho un guiñapo, el inspector le dijo, irónico:

—Amigo Küster, tengo verdadera curiosidad por conocer el archivo secreto del doctor. Soy muy aficionado a las experiencias

físico-químicas y me gustará ver sus fórmulas. Vamos, ¿dónde está la caja de plomo empotrada en el muro del laboratorio? Y no se preocupe, también visitaremos a la señora Merriwhether, que seguramente tendrá muchas cosas que decirnos...

Los ojos de aquel individuo parecían querer salirse de sus órbitas. Tal era el pasmo que le causaron las revelaciones del inspector. Pero, no cabía duda, estaba enterado de todo, y era inútil resistirse.

Una hora más tarde, cuántos secretos guardaba el refugio del doctor Kuhn, quedaban completamente desvelados, y su organización caía hecha añicos por el talento y la audacia del inspector Fred Sullivan, al que, sin embargo, le quedaba por jugar la última y más importante carta: la captura del misterioso doctor...

XII

EL ÚLTIMO PÁJARO



N cielo brumoso, cerrado hasta el horizonte, se oponía tercamente al paso de los primeros rayos del sol. Sin embargo, en la gris amanecida, una luz tibia y lechosa iba perfilando los contornos urbanos.

Un coche, volviendo la esquina de la calle Cuarenta y Nueve, acababa de parar en la avenida Lexington.

El inspector Sullivan y su ayudante, desde el «baquet», avizoraban el movimiento de viajeros que tenía lugar a la puerta del Hotel Shelton.

Tras no larga espera, el vehículo inició lentamente la marcha, a bastante distancia de otro coche de color gris que arrancó del hotel, tomando la avenida Lexington y acelerando la marcha paulatinamente. Sus tres ocupantes, el profesor alemán Franz Kuhn y otros dos sujetos de porte distinguido, uno de los cuales llevaba el volante, parecían agitados.

—Heric, vaya con cuidado, pero deprisa; no hay tiempo que perder. Cualquier sorpresa echaría por tierra todo nuestro trabajo.

—Tranquilícese, profesor. Storer llegará a bordo con el maletín cuando hayáis ocupado el camarote, una vez cubiertas las formalidades de rigor, y nadie podrá sospechar nada. Están tomadas todas las medidas posibles.

—El

F. B. I.

está sobre aviso, no lo olvide, y sus argucias son ilimitadas. Conozco mejor que ustedes este asunto y algo me dice que hasta que llegue a mi país, no hay seguridad completa. De todos modos, los planos van velados con laca y el negativo del «microfilm», enrollado entre la doble piel del estuche de aseo. Recuerde que en cuanto se suba la pasarela, usted quedará al pie de la misma, en observación, y tan pronto vea algo sospechoso, retenga a Storer. Éste, cuando suba al trasatlántico, no deberá dirigirse a mi camarote mientras no vea que usted se quita el sombrero y se alisa el cabello con la mano izquierda. Y, por último, recuerde a Storer que, en caso extremo, si se ve perdido, arroje el maletín al mar.

—Entendido, profesor; no lo olvidaré.

El coche que seguía a los fugitivos se mantenía a prudente distancia, procurando que algún otro vehículo se interpusiera entre ambos, o esquivando el espejo retrovisor.

Al final de la avenida Lexington, el coche gris tomó la calle Treinta y Cuatro para bajar por la Cuarta Avenida y desembocar en Bowery Street, llegando por la calle Catherine al muelle 27, donde se detuvo, y a escasa distancia, el «roadster» de Sullivan.

Él y su ayudante, abandonando el coche y la vigilancia de los tres individuos, tomaron el «*Ferry-boat*», que los transportó a Brooklyn, en la margen izquierda del río Este. Próxima al desembarcadero se hallaba una lancha motora, que partió rauda, enfilando la isla de Manhattan.

El inspector y su ayudante podían haber sorprendido al presunto viajero, pero, sin duda, les interesaba ampliar la diligencia, cogiendo en el cepo al científico alemán, que esperaba en el trasatlántico.

Apresuradamente tomaron otra lancha, y Sullivan ordenó al conductor:

—Siga a esa motora, sin perderla de vista. Al llegar a la otra orilla, pare a alguna distancia de ella. ¿Entendido?

—Muy bien, señor —contestó el conductor.

Mediado el curso del East River, el pasajero de la lancha que iba en cabeza debió de advertir algo anormal, sintiéndose perseguido o vigilado, porque, al sortear a algunas embarcaciones que navegaban en la misma dirección, hubo de aminorar la marcha, y las dos motoras quedaron muy juntas y visibles.

De pronto, viró hacia la izquierda, describiendo una parábola muy pronunciada, y enfiló la salida del canal, torciendo hacia el río Hudson.

Al notar que la persecución continuaba, volvió a girar hacia la izquierda, dirigiéndose a la Isla Bedloe, asiento de la famosa estatua de la Libertad, en la Bahía Alta de Nueva York.

Sullivan, comprendiendo que el portador del maletín estaba claramente sobre aviso y a toda costa trataba de despistar a sus perseguidores, inició la maniobra de despegue, continuando por el río Hudson, para ocultarse tras la isla Ellis. El truco dio resultado, según apetecía, porque enseguida vio cruzar la otra motora, a todo gas, hacia el canal del East River.

Sullivan no esperó más. Entregó diez dólares al conductor, diciéndole:

—Vuelva hacia Manhattan, para alcanzar el muelle veintisiete. Reviente el motor si es preciso, pero es necesario avistar a la lancha que antes le indiqué.

La ligera embarcación emprendió una endiablada carrera, rozando apenas las tranquilas aguas de la bahía y dejando atrás una estela de blanca y rizada espuma, que semejava un violento arañazo en el lomo del mar.

El esfuerzo no fue estéril, porque a un cuarto de milla de la costa avistó a su objetivo, que atracaba no lejos del gigante de acero.

Cuando Sullivan y su ayudante llegaban a la pasarela del vapor,

su vista de lince advirtió ya la presencia de un coche de la Policía local, algo alejado del barco; en unión de varios agentes, el capitán Tarleton esperaba, sin duda, una señal convenida para hacerse visible y empezar su intervención.

Los dos miembros del

F. B. I.,

subieron al trasatlántico, confundidos entre los pasajeros, cuando Storer coronaba la escalerilla y, sobre cubierta tomaba la galería derecha, en dirección al camarote del profesor Kuhn.

Sullivan, asomándose a la borda, extendió disimuladamente su pañuelo, recogiéndolo con premura, y el coche de Tarleton avanzó hasta quedar frente a la escalerilla, por la que subió el capitán con algunos agentes. Mientras, Sullivan dejaba a su ayudante a la entrada de cubierta, y él se dirigió a la galería de la derecha, pero ya no divisó al sujeto del maletín.

Trató de localizar el camarote que buscaba, sin preguntar a cualquier empleado, temiendo que el profesor hubiera utilizado un nombre supuesto, pero con la confusión del pasaje no conseguía su objetivo.

Pegado a un recodo de la galería, esperó unos instantes, muy pocos, porque enseguida vio abrirse una puerta, y Storer, ya sin el maletín, buscaba la salida presurosamente.

Sullivan, en pocas zancadas, trató de abrir la puerta del camarote, pero estaba cerrado. Llamó discretamente y, tras un breve silencio, su ocupante entreabrió la puerta, inquiriendo:

—¿Qué desea?

El inspector, en lugar de contestar, introdujo el pie para evitar que se cerrara de nuevo y, empujando violentamente, penetró en el camarote, sin cerrar del todo la puerta.

—¿Qué tal, profesor Kuhn? —saludó Sullivan.

—*Guten Morgen!*[3] Ha debido confundirse. Yo no soy el que busca.

—¿Está seguro, profesor? Sus meritorias investigaciones no han debido dejarle tiempo para fijarse en mí. Pero yo no puedo confundirme.

—No tengo la menor idea de su persona, ni le he visto en mi vida.

—Se equivoca. Hemos convivido muchas horas en lugares tan

agradables que, sin duda, a pesar de nuestra proximidad, no reparó en mi insignificante presencia. O es que, acaso, monopolizaba toda su atención el bello sexo, aliado con el arte, y no se dio cuenta de que alguien fiscalizaba su muda contemplación. Ese «alguien» era yo, profesor...

—Y ¿a qué viene todo esto?

—A refrescar su memoria, a ver si logro que me reconozca, porque somos viejos amigos, aunque solo... de vista.

—Insisto en que se ha confundido. No sé de qué me habla.

—Seré más explícito, doctor; tal vez así desaparecerá su amnesia y podremos entendernos.

—Esto es absurdo. No estoy dispuesto a perder el tiempo con un desconocido que no me interesa.

—¿Está usted seguro?

—Completamente. Márchese o llamaré para que le echen.

—Muy amable, doctor. Pero no hay necesidad de que se moleste. Me iré o no me iré eso depende exclusivamente de usted, según se porte.

Sullivan, mientras hablaba, con la mano en el bolsillo, acariciando la culata de su «Luger», echó una rápida ojeada por la cámara, en busca del precioso maletín, pero había sido ocultado cuidadosamente, por lo visto.

A su vez, el profesor fue retrocediendo poco a poco, hasta acercarse a la mesilla.

Sullivan, sin dejar de vigilarle, volvió al ataque.

—Es lástima que abandone tan pronto nuestro país. ¿Tan mal le va? ¿O es que ha dado fin a sus investigaciones?

El espía alemán acusó visiblemente el efecto de la indagatoria del inspector. Pero se repuso enseguida, respondiendo en tono más conciliador:

—Por favor, no me importune. Repito que ha debido sufrir una lamentable equivocación.

—Su terquedad no está a tono con su inteligencia, doctor. Tenía que haber comprendido ya que por ese camino nada conseguirá. Sé muy bien quién es, lo que persigue y adónde va.

—Pues le felicito por su clarividencia, pero déjeme.

—No puedo decir yo lo mismo de usted. Se muestra muy torpe o como un redomado pillo. Y creo que es inútil que me esfuerce en

hacerle entrar en razón.

—Desde luego. Por tanto, váyase.

La sirena del «Hilland», la magnífica motonave en cuyas entrañas tenía lugar la presente escena, lanzó su agudo y apremiante silbido, advirtiendo al pasaje de que su salida era inminente.

Sullivan se dio cuenta de que no había tiempo que perder y, cambiando súbitamente de gesto y de tono en su voz, mientras seguía acariciando su automática, hizo una última «finta» al doctor:

—Parece que lleva poco equipaje, profesor. Me pareció que, además de esta maleta y de aquella cartera, le acompaña también un pequeño maletín, ¿no es cierto? ¿Dónde está?

El alemán tuvo un estremecimiento apenas perceptible que, sin embargo, no escapó a la perspicacia del inspector, y con disimulo introdujo su mano derecha en el bolsillo de la americana.

—No, no tengo más equipaje; pero, sobre todo —¿a qué viene todo esto? ¿Con qué derecho se mezcla en mis asuntos? Soy súbdito extranjero, tengo mi pasaporte en regla y no le conozco a usted. Todo ello basta y sobra para que no le escuche una palabra más. Salga enseguida o tocaré el timbre.

—Piénselo bien, profesor. Creo que no le conviene alarmar demasiado en un lugar como éste, su país no ganaría nada con el escándalo. Además, le prevengo que no me iré hasta que me entregue ese maletín. Con esa simple concesión podrá usted continuar tranquilamente su viaje, sin ser molestado (otra era su intención, claro está).

—No hay tal maletín, intruso insoportable —bramó el alemán, perdiendo los estribos.

Sullivan, que trataba a toda costa de evitar la alarma y que la entrevista terminara en tragedia, sintió agotada su paciencia y se decidió a lo irremediable.

—Con el

F. B. I.

no se juega, profesor —y apoyó estas palabras extrayendo con la mano izquierda, del bolsillo interior de su americana, la temida placa plateada, mostrándosela al alemán sin perder de vista ninguno de sus gestos ni de sus movimientos.

El espía contrajo su inexpresivo rostro, y un destello de angustia

asomó a sus ojos.

—Sabemos que en ese maletín guarda el fruto de sus pacientes trabajos, durante muchos meses, hasta lograr arrancar los secretos que tan celosamente guarda el Estado americano. Es usted un miserable —estalló, sin poder contenerse—. Y ¿sabe usted cómo castigan esa conducta malvada las leyes de mi país y las leyes internacionales?

Sin esperar más, el alemán sacó la mano del bolsillo, en un movimiento rapidísimo, empuñando su pistola. Pero el inspector, adelantándose a su previsto ademán, disparó con certera puntería y el arma se escapó de las manos del doctor, con el brazo atravesado.

—Usted lo ha querido. Ésta es la suerte que, tarde o temprano, corren todos los traidores.

—Maldito sabueso. Aún es pronto para cantar victoria.

—No sea iluso y no me obligue a matarle como a un perro. Su organización está deshecha; su escondite del

«Pall-Mall»,

descubierto; sus enlaces y el joyero, detenidos; sus fórmulas, incautadas; sus colaboradores de Oak Ridge, desenmascarados; y la Policía se halla en estos momentos en el barco, esperando mi llamada, después de haber atrapado a su fiel Storer. No sea necio y entrégume el maletín, evitando que corone su triste fracaso el ludibrio de una ridícula exhibición en público, o que tengan que arriarle a tierra hecho un pobre guiñapo humano.

El espía, con los ojos inyectados de sangre por el esfuerzo de su odio impotente, pretendió recuperar el arma, en un rápido movimiento de su brazo herido. Pero un gesto de dolor se pintó en su rostro, contraído grotescamente, y quedó medio sentado en la cama.

Sullivan, creyendo resuelta la situación, corrió a la mesilla y, de su parte baja, extrajo el maletín, en el preciso instante en que el espía, aprovechando la postura inclinada hacia adelante del inspector, le dio una terrible patada, que, haciéndole perder el equilibrio, le obligó a soltar el maletín.

Al volver la vista hacia donde éste se hallaba, recibió otra patada en la mandíbula y cayó al suelo, retorciéndose de dolor.

El profesor se abalanzó sobre el maletín, y, dueño de él otra vez, intentó ganar la puerta. Sullivan, incorporándose cómo pudo,

disparó nuevamente, sin alcanzarle.

El espía cerró por fuera, pugnando por echar la llave, pero la inseguridad de su mano izquierda —herida la derecha— le hizo perder unos segundos preciosos en la operación, que bastaron para que el inspector, de un salto, llegara a la puerta y tirase violentamente del pasador, saliendo a la galería cuando el alemán corría, pegado a la barandilla, pretendiendo ganar la salida.

Un nuevo disparo de Sullivan cortó definitivamente su fuga, abatiéndole con el maletín agarrado con sus manos crispadas.

En el barco se produjo el revuelo consiguiente, y enseguida acudieron el capitán Tarleton y varios agentes.

—Bravo, inspector, buena presa. Todavía vive y podrá contarnos cosas interesantes. Los demás están ya a buen recaudo, incluso ese maldito Storer, que nos ha hecho sudar lo nuestro, pues, al verse acorralado, se arrojó al mar por la borda, y hemos tenido que pescarle como si fuera un atún.

—Le felicito, Tarleton. Ya estoy tranquilo.

El capitán, fijándose más detenidamente en el inspector, exclamó, alarmado:

—Pero ¿cómo, Sullivan? Está herido...

—No es nada, Tarleton; una caricia del doctor, que tenía demasiado cariño a su malhadado maletín...

Y una ancha sonrisa de triunfo distendió su rostro, lleno de felicidad.

Al mismo tiempo que en la motonave «Hilland Brigade» se desarrollaba la escena anterior, un coche ligero del Estado Mayor del

F. B. I.,

penetraba en el territorio de Tennessee, en dirección a los grandes laboratorios experimentales de Oak Ridge.

Al llegar a las alambradas que sirven de férreo cinturón a las gigantescas instalaciones atómicas, tan celosamente guardadas por el Gobierno de la Unión, el inspector Shimpson y su ayudante, White, apostaron el coche al pie de una de las casamatas de la guardia exterior, bastante retirado de la puerta principal.

—White, ya sabe; quédese aquí y no pierda de vista la salida de los laboratorios.

—Descuide, señor. Nadie escapará a mi vigilancia.

—Miller, el ayudante del doctor Morrison, es un tipo inconfundible. Fornido, de anchas espaldas, moreno, con bigote a lo «Gilbert» y con una ligera cojera en la pierna izquierda, que disimula perfectamente al andar. Fue herido en Normandía, en la última guerra. Viste elegantemente y nunca abandona su bastón de bambú.

—Señor, acaba de hacerme una verdadera ampliación de su retrato físico. No me confundiré.

—No le deje escapar bajo ningún pretexto. Estoy persuadido de que no sospecha mi visita en absoluto, pero me gusta extremar las precauciones.

—¿Debo seguirle si abandonara Oak Ridge o he detenerle sin permitirle la huida?

—Obre con libertad, según su buen sentido. Pero, aunque me interesa evitar el escándalo, a ser posible, en los alrededores del Centro experimental, ha de garantizarme su captura a todo evento. Tengo confianza en usted.

—Gracias, señor; me basta con eso.

El inspector Shimpson se apeó del coche y, con paso firme se encaminó a la avenida central.

Era la hora tranquila del trabajo callado y silencioso en la ciudad atómica.

Como una inmensa colmena, todo era actividad creadora, ordenada y precisa, en sus infinitas celdillas.

Por eso, en plena jornada, la calma exterior envolvía en un cendal de silencio a aquel maravilloso mundo científico, febrilmente afanado en desentrañar los más recónditos secretos de ese otro alucinante microcosmos encerrado en el átomo.

El inspector se identificó ante el oficial de la guardia, esperando después unos momentos a que éste recabara de la Dirección el permiso de entrada.

Como la puerta fabulosa y mítica de las «siete llaves», este impresionante recinto científico tenía también su «sésamo» misterioso, y ningún visitante lograba fácil acceso a aquel palacio encantado, donde las maravillas de la investigación nuclear atraían y cautivaban a los iniciados, con tal fuerza, que su labor adquiría solemnidad de rito.

Apenas fue introducido en el despacho de Jefatura, el inspector,

impaciente por llevar a cabo la delicada misión que tenía encomendada, fue derecho al objeto de su visita.

—El

F. B. I.,

tiene pruebas documentales y definitivas sobre la culpabilidad del ayudante del doctor Morrison, acusado de atentar contra la seguridad del Estado, vendiendo secretos de guerra al espionaje internacional.

El Director de los laboratorios de Oak Ridge saltó del sillón como movido por un resorte.

—¿Sabe lo que dice, inspector? Esa acusación es gravísima, y no puede formularse sin el refrendo de una orden superior.

—Aquí la tiene. El Departamento de Estado posee ya la debida información y todas las medidas están tomadas. El propio míster Hoover ha extendido la orden de servicio, reforzada por un mandamiento judicial. Puede comprobarlo.

El jefe del Centro pasó la vista por los importantes documentos, sin querer dar crédito a sus ojos.

—Está bien; pero, no obstante, deseo comunicar con la Secretaría de Defensa. Perdome un momento.

La conferencia telefónica fue breve. Durante ella, Shimpson iba leyendo en el semblante del Director, con absoluta fidelidad, la contestación recibida.

—Discúlpeme, inspector, pero ya comprenderá lo que esto significa y las consecuencias inmediatas que han de derivarse de esta diligencia. Mi responsabilidad es enorme y yo también tengo instrucciones rigurosas que cumplir.

—Me hago cargo y no me extraña. Así estamos los dos más tranquilos y seguros de lo que nuestro deber exige. Ahora le ruego que llame al doctor Morrison.

—Enseguida. ¡Pobre doctor! No se lo imagina.

Pulsó un timbre y acudió un ordenanza.

—Diga a míster Morrison que tenga la bondad de venir. Es urgente.

Sólo tardó unos minutos en presentarse en la Dirección. Su aspecto venerable y la bondadosa expresión de su rostro simpático, iluminado por la luz del genio, daban fe de su serenidad de espíritu.

—Míster Morrison, lamento profundamente el dolor que mis

palabras han de producirle seguramente. Pero es inevitable. Su ayudante, Will Miller, es un traidor a la patria. Le presento al inspector Shimpson, de la Oficina Federal de Investigación. El será más explícito que yo.

El sabio profesor, benemérito sacerdote de la ciencia moderna, quedó como petrificado.

Sus ojos, dilatados por la sorpresa, miraban alternativamente a los dos hombres, con la incredulidad pintada en sus pupilas, sin atreverse a formular una sola palabra.

—También es muy duro para mí este trance, créame, doctor. Pero el deber se impone. Todos trabajamos por la seguridad del Estado y a ella debemos subordinar todo otro sentimiento. Su ayudante ha traicionado su confianza entregando al espionaje internacional los planos del avión atómico, aunque, afortunadamente, han sido rescatados a tiempo. El

F. B. I.,

tiene las pruebas fehacientes de su culpabilidad. Traigo una orden de detención, en regla, y necesito su ayuda para evitar en lo posible la alarma y el escándalo.

El doctor había tenido que tomar asiento, presa de una tremenda agitación, y un sudor frío perlaba su frente.

—Cuenta conmigo, inspector. Si el señor director ha realizado las comprobaciones del caso, a mí no me toca discutir sus mandatos. Dígame qué debo hacer.

—Vuelva a su gabinete y, con cualquier pretexto, envíeme a Miller. Puede fingir una consulta de la Dirección; no podrá extrañarle, ya que usted también ha sido llamado. El señor director me dejará solo, antes de que venga, y yo haré lo demás. Es conveniente que nadie pueda sospechar absolutamente nada, por elemental discreción.

—Entiendo. Encantado de conocerle, inspector, aunque lamento que haya sido en tan dramáticas circunstancias.

—Yo también, doctor. Mándeme como guste.

Al salir el sabio profesor, por una puerta de comunicación interior abandonó al mismo tiempo el despacho el director del Centro.

Shimpson se colocó rápidamente junto a la puerta de entrada, de manera que al abrirla quedara oculto y dominando al ayudante por

la espalda.

A poco, éste irrumpía en el despacho, bien ajeno a lo que le esperaba.

Apenas atravesó el umbral, el inspector cerró violentamente la puerta, corriendo el pestillo.

Miller se volvió sorprendido, pero antes de que pudiera aventurar ninguna pregunta, Shimpson le miraba fijamente, con la mano enfundada en el bolsillo de la americana, acariciando su automática, al tiempo que con su mejor sonrisa exclamaba:

—Muy extraño, ¿verdad, señor Miller? Pero no se alarme, que sólo se trata de una elemental precaución para que nadie interrumpa nuestra charla. Es tan importante lo que tiene que decirme, que soy avaro de sus confidencias y no quiero que nadie las escuche. Siéntese, por favor.

Miller, pasado el primer momento de estupor debió de sospechar la verdadera causa de la encerrona, porque intentó un movimiento de rebeldía que el inspector cortó de manera tajante con otro ademán harto significativo, porque su pistola brilló ante los ojos del atónito ayudante.

—¡Oh! De ningún modo, señor Miller. La iniciativa es mía y la violencia sólo puede acarrearle mayores males. Hágame caso; siéntese y responda a mis preguntas.

—¿Quién es usted? Esto es un atropello incalificable —dijo cínicamente, adoptando una actitud equívoca.

—¡Ah! Es verdad: me presentaré. El inspector Walt Shimpson del F. B. I.

Si no le basta mi identificación verbal, puede examinar mí «carnet». Aunque no es necesario, no tengo inconveniente en que compruebe la autoridad con que voy a interrogarle. No estoy aquí por mi gusto sino por su culpa. Ahora, de usted depende que salgamos pacíficamente o en lamentable situación para usted.

El ayudante, consciente de la gravedad del momento, se sometió de buen grado. Hombre inteligente, se dio cuenta enseguida de que sólo la astucia podía quizá librarle de lo que le amenazaba.

Sin embargo, un leve temblor se apoderó de todo su cuerpo y una angustia asfixiante oprimió su garganta.

Sabía que estaba descubierto; lo presentía al menos. Y no ignoraba tampoco la extrema gravedad de su falta. Por eso, pese a

todos sus esfuerzos para conservar una entereza digna, se sentía traicionado por el espíritu y hubo de sentarse, como derrumbado, en un sillón.

Su peligroso juego llegó a dominarle de tal manera que hasta creyó alguna vez que carecía de riesgo. Todas las piezas del espionaje funcionaban perfectamente, y sus pingües beneficios le proporcionaban una vida amable que envenenó sus sentidos y encanalló su alma.

La ética acomodaticia que, por la fuerza de la costumbre, llegó a crearse, operó en su sensibilidad el fenómeno psicológico que es tan común en los delincuentes profesionales.

Por un complejo de síntesis mental, experimentaba los efectos de la transposición psíquica, y se identificó con el pecado político al despojarle su mente de toda característica metafísica.

Cuando el pecado moral o el delito específico pierden a nuestros ojos su esencia nefanda, llegamos a subestimar su gravedad ante Dios y ante los hombres, ante la Teología y ante las Leyes apoderándose del subconsciente con una fuerza tan dominadora que fatalmente nos arrastra a los mayores abismos de la criminalidad.

Hace falta, pues, el choque brutal con la justicia moral o humana para que esta aberración pierda su imperio y el espíritu recobre el verdadero sentido del bien y del mal, en una visión introspectiva que, si nos revela exactamente la fealdad de nuestra culpa, pocas veces desemboca en una completa redención moral. Por el contrario, perdido el freno de la recta conciencia, ese extravío suele llevarnos a la extrema violencia como único efugio de nuestra indignidad.

Este triste proceso psicológico, típico de la alta delincuencia, había alcanzado plena confirmación en la conducta del ayudante del doctor Morrison.

Las palabras del inspector Shimpson le habían vuelto a la dura realidad de su desesperada situación.

Ahora comprendía en toda su dimensión la gravedad de su culpa, reaccionando negativamente, sin control de sus nervios, como un vulgar delincuente, pese al cultivo de su afinada inteligencia.

—Puede empezar cuando guste, inspector. Así se convencerá pronto de que abusa de sus atribuciones, falta muy común en los

que detentan una excesiva autoridad.

Shimpson, acostumbrado a esta rebeldía inicial de la intelectualidad delincuente, esbozó una sonrisa irónica sin perder la calma. Era un veterano curtido en delicadas misiones del servicio y sabía actuar en casos semejantes.

—Es lástima, Miller, que esa dignidad en que quiere refugiarse como último reducto de su torpe conducta, sólo se manifieste de labios afuera. Mis atribuciones, como usted dice, le demostrarán que su malvado proceder está escribiendo el capítulo final de su vida pública.

—Mi investidura oficial me da derecho a ser tratado con mayor consideración, no como a un «gángster» cualquiera.

—Su investidura oficial la ha perdido al entrar en este despacho por orden mía. Ahora es sólo un reo de alta traición, que no merece ni aun la paciencia ni el mínimo respeto que le estoy dispensando.

—Esas imputaciones son gratuitas y supongo que, si tan seguro está de sus descubrimientos, no tardará en materializarlas con las pruebas elementales. Estamos en un recinto del Estado y no en una celda carcelaria. No saldré de aquí sin que antes me demuestre todo lo que afirma.

—Precisamente por respeto al Estado, que tan lamentablemente depositó en usted una confianza que ha manchado con el lodo de su canallesca conducta, le estoy permitiendo que se prepare para salir de aquí con la compostura de un hombre de ciencia. Pero, si se empeña, le sacaré amarrado como al último rufián.

—Necesito que mi jefe y el doctor Morrison presencien este atropello, del que exigiré una reparación.

—Su inconcebible cinismo me da la medida de lo bajo que ha caído, Miller. No se empeñe en añadir a su propia condenación, que estoy seguro percibe en lo más sagrado de su alma, el anatema explícito de los dos hombres beneméritos que en estos momentos sufren la tortura de una dolorosa decepción y le maldicen con toda la sinceridad de las personas de honor. No vendrán; pierda esa esperanza de despertar su conmiseración.

—Acabemos ya. Diga pronto lo que quiere de mí.

—En primer lugar, que me diga si lleva encima armas. Quiero fiarme todavía de su palabra.

—No llevo ninguna, y lo siento, porque no hubiera permitido sus

mordaces palabras.

—Sin embargo, sepa que haré fuego sin más aviso al menor movimiento sospechoso. Si se empeña en romper la serenidad de este templo de la ciencia, peor para usted.

—No tengo interés en ello. Pero acabe pronto.

—Todas sus actividades están descubiertas. Durante algún tiempo ha trabajado para el espionaje internacional, entregándole secretos de guerra de relativa importancia. Pero el último delito sí la tiene. A través de Dick Meison ha remitido al espía alemán, doctor Franz Khun, los planos y características técnicas del proyectado avión atómico, traicionando la confianza del doctor Morrison.

—¿Qué pruebas tiene de lo que afirma?

—Irrefutables, fatales para usted. Los mismos planos, velados con laca por el doctor Khun. Éste ha sido capturado cuando intentaba escapar en el «Hilland Brigade»; toda su banda ha sido copada en el refugio de «Pall-Mall»;

Meison ha pagado con su vida los crímenes cometidos, y sólo queda de tan triste episodio lo que usted representa. Cómo ve, el

F. B. I.

no acusa sin motivo. No obstante, hay algo que usted debe revelar en este instante, si quiere atenuar de algún modo su gravísima falta.

—Si posee tanta información como dice, ¿para qué necesita que yo le ayude?

—Para evitar enojosas diligencias en este Centro experimental, que debe ser sagrado para todos. Si le queda un resto de nobleza, puesto que no ha de impedir la eficacia de la investigación policíaca, debe contribuir a que ni siquiera la duda mancille el prestigio de quienes con tan mala fortuna le hicieron depositario de su confianza ilimitada y de su inmerecido afecto.

—Me imagino adonde quiere ir a parar, aunque será mejor que no ande con circunloquios.

—Conteste concretamente a esta pregunta: ¿estaba el doctor Morrison enterado de sus manejos?

Una ruda batalla se estaba librando en el corazón de Miller. Podía perder al sabio profesor, saciando así una ruin venganza, como válvula de escape de su impotencia.

Podía también vindicar con una sola palabra el honor sin mácula del benemérito hombre de ciencia, envuelto momentáneamente en la obligada desconfianza policíaca.

Shimpson miraba con fijeza al interrogado. Era evidente la ansiedad con que esperaba una respuesta que tanto habría de significar para quien tan ajeno estaba a esta dramática escena.

Tras unos momentos de angustiosa vacilación, Miller levantó la vista, que mantenía baja, y por fin, exclamó:

—No. El doctor Morrison ignoraba en absoluto cuanto yo hacía. Es un hombre íntegro, insobornable.

—Gracias, Miller. Acaba usted de ganar a mis ojos una estimación que tenía completamente perdida. Ahora tengo más confianza en que la segunda pregunta la contestará con igual sinceridad y nobleza. Haré por usted cuanto pueda, no lo dude.

Miller, cuya palidez se había ido acentuando a medida que el inspector iba envolviéndole en su habilidosa táctica, sintió renacer un destello de esperanza.

—¿De quién se valía en los estudios de Oak Ridge para hacer llegar a Meison la documentación e informes secretos? Conteste sin dudarle; piense que lo que usted no quiera decirme lo averiguaré tarde o temprano.

Miller experimentó un nuevo sobresalto, pero éste hizo asomar una luz diabólica a sus pupilas, que no escapó a la perspicacia de Shimpson.

—Antes quisiera que contestara usted a otra pregunta mía...

—No hay inconveniente.

—¿Cómo han llegado a conocimiento del

F. B. I.

estos hechos?

—Hombre, si le oyera míster Hoover, mi extraordinario jefe, seguramente soltaría la carcajada. Eso es querer penetrar en el santuario de nuestra organización, algo tan descabellado que no cuadra con su inteligencia. Pero si lo que busca, en suma, es saber si ha sido usted víctima de alguna delación de sus cómplices, le diré que sí, que todos los que siguen con vida han cantado de plano.

—Entonces huelga su pregunta.

—No lo crea. Tengo poderosas razones para hacerla. A usted sólo le toca contestarla, sin más averiguaciones.

—Está bien. La persona que me ha servido de enlace con Meison es Jimmy Secker, encargado del material de equipo antirradioactivo y que estuvo a mis órdenes en la última guerra.

Shimpson, como si únicamente esperara esta revelación, se levantó en el acto y adoptó un gesto duro y extraño.

—¿Hay alguien más de Oak Ridge complicado con usted? Ya no puede detenerle ningún escrúpulo.

—Nadie más, se lo aseguro.

Como arrepentido de su confesión, clavó la vista en el suelo, perdida toda su arrogancia anterior.

—Esto se acabó, Miller. Dispóngase a acompañarme sin hacer ninguna tontería. Saldremos juntos, pero usted irá algo adelantado, como guiándome hasta la salida. Si me da su palabra, no adoptaré otras precauciones y podrá pasar ante sus compañeros sin humillación alguna. Pero no olvide que haré fuego, lo repito, al primer intento de fuga.

Miller miró al inspector con ojos de fiebre. La actitud de Shimpson y la autoridad de sus palabras removieron en un instante los posos de su relajada moral. Súbitamente experimentó un desdoblamiento de su personalidad y el horror a la expiación nubló su mente sobreexcitada, llevándole a extremos de fatal violencia.

Shimpson, agudo psicólogo, debió ver retratados en el pálido rostro de Miller estos sentimientos suicidas, porque, sacando rápidamente su pistola, le ordenó con voz dura y autoritaria.

—Póngase de pie, alce los brazos y vuélvase de espaldas. Necesito asegurarme de que no lleva armas. Si las tiene y no está decidido a usarlas, le apartaré de la tentación; si las tiene y piensa utilizarlas, ha de convencerse de que ello le costaría la vida. Por último, si no las tiene realmente, habrá hecho honor a su palabra y los dos quedaremos tranquilos.

Miller obedeció sin replicar, pero cuando el inspector apoyó en su costado el cañón de la automática y extendió el brazo para cachearle, sus puños descendieron con la violencia de mazos de batán y golpearon contundentemente la cara del inspector, haciéndole soltar el arma y tambalearse como si estuviera ebrio.

El agresor, envalentonado por la eficacia de sus golpes, pretendió sacar un revólver que llevaba oculto debajo de la bata de aleación de mica, pero la torpeza de sus movimientos dio tiempo a

que Shimpson, momentáneamente aturcido por el inesperado ataque, se rehiciera por completo.

Con un salto felino cayó sobre el malvado Miller, sin ocuparse de recuperar el arma, y apresándole el cuello por detrás con una terrible llave, al mismo tiempo que hundía su rodilla en el costado de su víctima, le hizo caer el suelo retorciéndose de dolor, medio asfixiado por la tremenda presión del brazo que atenazaba su garganta.

Pero Miller, a pesar de su leve defecto físico, estaba dotado de una robusta musculatura que el instinto de conservación hacía más temible.

Los dos rodaron por la alfombra del despacho, en una extraña confusión por la distinta indumentaria, y silenciosamente lucharon con similar destreza durante unos minutos.

Miller logró, al fin, desembarazarse de la bata que le trababa, rasgándola rabiosamente y buscando con afán el arma que llevaba oculta.

Shimpson, enardecido por la pelea, consiguió retorcer el brazo que intentaba empuñar el revólver, y Miller se lo arrancó de la cintura con la mano izquierda, temeroso de que el inspector pudiera alcanzarle, decidiendo la lucha.

Sin embargo, incapaz de disparar en tan violenta postura, arrojó el arma a distancia. Ambos quedaron así a merced de su destreza física, con dominio alterno, pero sin que ninguno lograra el golpe decisivo.

Por fin, Miller tuvo más suerte y con un formidable rodillazo en el abdomen del inspector, dejó a éste fuera de combate. Al menos, el intenso dolor le hizo soltar la tenaza de sus brazos de hierro, instante que su antagonista aprovechó para escapar ciegamente hacia la puerta, tomando la galería que llevaba a los vestuarios.

Alisando sus cabellos y procurando ocultar las huellas visibles de la lucha, penetró como una tromba en su cabina, se puso la americana de calle y tomó su bastón.

Perfecto conocedor de la topografía interior de las gigantescas instalaciones, no le fue difícil, valiéndose de la familiaridad adquirida con el personal por el trabajo diario, burlar toda sospecha y esquivar los lugares de peligro. Era tan conocido que nadie pudo imaginar el drama que se estaba desarrollando.

Pero la previsión de Shimpson dio el fruto apetecido y White, su fiel ayudante, se encargó de coronar la obra.

Miller había logrado despistar a la guardia exterior y subió a su coche, un pequeño «Mercury», que arrancó como una flecha, no sin que White saliera tras él a todo gas, algo extrañado, es cierto, de que su jefe no hubiera aparecido en tanto tiempo.

Sin embargo, no podía confundirse. El fragor de la lucha había acentuado la cojera de Miller, y su vista de lince localizó inmediatamente al fugitivo, aunque no tuvo tiempo de impedir su rápida huida.

Los dos coches rodaban a endiablada velocidad por la ancha cinta de la pista, pero el potente «Chrysler» de White iba acortando la distancia que los separaba.

Miller se dio cuenta enseguida de la persecución de que era objeto y una oleada de sangre nubló su vista.

Pisando a fondo el acelerador, llegó a clavar la aguja en la última división de su cuenta millas.

Entonces sobrevino la catástrofe. En un recodo de la carretera le fue imposible dominar el coche lanzado y, derrapando impresionantemente, por la acción de los frenos, a pesar del pronunciado peralte de la curva, salió el coche despistado, despeñándose por el acantilado que se abría sobre el abismo, a pocas yardas de la carretera.

White había visto, con horror, el terrible accidente, cuando iba ya muy cerca del coche de Miller, aunque no le fue posible evitar la catástrofe.

Parando su coche al borde del acantilado, descendió por una senda, con tanta celeridad cómo pudo, pero sólo para comprobar lo que, por desgracia, temía.

Miller, horriblemente mutilado, había sido víctima de su triste destino. ¡Digno fin de una vida entregada a la peor de las causas!

White, dolorosamente impresionado, volvió a los laboratorios para ser mensajero de la Justicia divina, y para averiguar lo que tanto le intriga: la ausencia de su jefe.

Shimpson, repuesto ya de los efectos de la lucha, le recibió con una ancha sonrisa de triunfo, mientras un sentimiento de humana piedad calmaba la ira de su orgullo maltrecho.

—Querido White, en el

F. B. I.

no importa la jerarquía. Lo que importa es que el servicio se cumpla. Y el nuestro ha tenido en usted un digno realizador. Le felicito...

Un efusivo apretón de manos fue el refrendo de sus palabras.

La tela de araña había cerrado su última malla...

EPÍLOGO



UANDO Sullivan negó al Hospital Sanatorio y preguntó por *Miss Calvert*, tuvo que reprimir su impaciencia y esperar unos minutos en el «*hall*», hasta que terminara la cura de la artista.

Al salir el médico y la enfermera de la habitación que ocupaba, entró casi sin pedir permiso, y se dirigió, con la turbación de un colegial, hacia el lecho, blanco y pulquérrimo, de la artista.

—¡Oh Fanny! ¿Cómo se encuentra?

—Ya muy bien, Sullivan; gracias. El doctor acaba de levantarme el apósito y ha encontrado la herida inmejorable. Después de extraer la bala, mediante una operación maravillosa, todo ha ido a pedir de boca. Dentro de unos días estaré en condiciones de abandonar el sanatorio, aunque haya de llevar algún tiempo el brazo en cabestrillo.

—¡Cuánto me alegro, Fanny!

—Pero siéntese, inspector. Le agradezco mucho su visita. ¿Qué me cuenta? Por lo visto, usted también recibió lo suyo —dijo sonriendo—. Y no hablemos de su martirio en el Club de Meison... Admiro su entereza emocionante y ejemplar, Sullivan.

—Eso no tiene importancia, *Miss Calvert*. Aquello ya pasó, y no hay por qué recordarlo —eludió con su natural modestia y sinceridad.

—Ha hecho usted honor, con su admirable espíritu, a nuestro eterno lema, el que encierra el temido anagrama «F. B. I.».

—Fidelidad, Bravura, Integridad—. Ese maravilloso tríptico de virtudes que constituye la esencia, la clave y el secreto de toda la eficacia y los éxitos de nuestra Organización.

—Espere un momento, Fanny. A propósito, dice usted con un gran entusiasmo «nuestro lema, nuestra Organización», y me consume el deseo de preguntarle por qué ha expuesto su vida reiteradamente. Lo supongo, claro está; pero me alegrará mucho que me lo confirme.

—Yo también soy agente al servicio del

F. B. I.,

Sullivan. Pero sólo nuestro director conocía mi verdadera identidad, y, después de nuestro secuestro, el jefe de la División de Nueva York. Vine aquí como secreta colaboradora suya, pero no podía descubrirme sino en último extremo.

—Ahora me lo explico todo... Se me ha quitado un gran peso de encima, créame.

—Por eso entré en el club nocturno y le advertí cuando le llamó Meison a su despacho; por eso acepté su coche aquella noche del secuestro, y por eso no quise verle cuando fue liberado. Tenía que cumplir la misión que me fue confiada, ya que usted no podía dividir su atención.

—Y ¿por qué me confió los documentos encontrados en el despacho de Dick?

—Porque con ellos quería indicarle que el espionaje alemán debía ser su objetivo inmediato, en cuanto estuviera en disposición de actuar nuevamente.

—Lo mismo pudo hacer con la pista de Alexi Makarov.

—No, porque pude enterarme de que la expedición de uranio estaba a punto de salir del país, y había que evitarlo a toda costa, sin pérdida de tiempo.

Fanny le contó detalladamente su intervención y la escaramuza a que dio lugar, cubriéndose de gloria. A medida que hablaba, Sullivan iba descubriendo nuevas facetas en aquella mujer extraordinaria, dotada de un valor consciente y sereno, al servicio de una inteligencia nada común y de una fidelidad a toda prueba.

—Ahora se explicará todo lo demás...

—La felicito calurosamente, Fanny. Ya lo comprendo todo y la admiro más...

Pronunció las últimas palabras con un trémolo de emoción en la voz. Tal vez entonces se daba cuenta de que algo muy íntimo, un sentimiento recóndito y absorbente, se amalgamaba con la admiración sincera que, sin duda, sentía por la cautivadora Fanny.

—Y ahora, cuénteme algo de sus andanzas, Sullivan, porque sólo las conozco a medias, por las escasas referencias que me han proporcionado algunos compañeros de la División... a los que he preguntado constantemente, con gran interés por su suerte personal y por el éxito de su delicada misión. No he dejado de pensar en usted, y celebro que haya tenido la gentileza de venir a verme.

Sullivan, el incorruptible y temerario inspector de la Oficina Federal de Investigación, cuya inteligencia y sagacidad había puesto de relieve en multitud de servicios especiales, triunfando siempre, estaba turbado como un colegial ante la encantadora Fanny, que le miraba con ojos acariciadores, envolviéndole en los efluvios de su fuerte personalidad y de su extraordinaria simpatía.

—Yo tampoco puedo quejarme del éxito. Gracias a su valiosa ayuda y a las investigaciones que sin interrupción venía realizando mi fiel ayudante Slade, pude llegar a tiempo de destruir todos los planes del doctor Kuhn, cuya organización, perfectamente engranada, funcionaba a medida de sus deseos.

—Pero, al fin, localizó el famoso estuche de perlas falsas, ¿no es cierto?

—Desde luego. No fue fácil dar con él. Los enlaces del doctor no eran lerdos y se escabullían como anguilas.

—¿Cuál ha sido la última fase del desenlace?

—La captura del peligroso espía alemán, en el mismo barco en

que emprendía su fuga, después de sorprender y apresar a toda su banda en su propia guarida. He tenido que reducir a tiros al doctor, pero vive para que pueda revelar el alcance de todas sus andanzas.

—Lo más importante, según me dicen, es que ha conseguido averiguar quiénes traicionan al Estado en nuestras instalaciones de Oak Ridge.

—En efecto, Fanny. A estas horas ya estará a la sombra el ayudante del profesor Morrison, que era quien facilitaba los planos al espía alemán.

—Estupendo, Sullivan. Enhorabuena. Con ese broche de oro ha puesto fin al servicio, a la importante operación

«X-3»,

¿no es eso?

—No, aún no he terminado. No descansaré hasta que logre descubrir el duende que trabaja en «Los Álamos». La pista de la señora Merriwheter, otro enlace valioso del espionaje internacional, es importantísima. A ella estoy consagrado ahora con todo entusiasmo.

Fanny, esbozando una sonrisa enigmática, y gozándose en las preocupaciones del inspector, le replicó insinuante:

—Así podremos seguir trabajando conjuntamente, si es que tiene confianza en mí y no me rechaza...

Sullivan vio el cielo abierto ante esta gratísima perspectiva, en la que no había pensado, y concedió, alborozado, sin dejarla terminar:

—De ningún modo, Fanny. Encantado.

—La responsabilidad es suya, pero yo le secundaré con todas mis fuerzas.

—Ya lo sé, y eso me da nuevos alientos para continuar la lucha.

La última frase la había pronunciado Sullivan un poco ausente de aquella sabrosa charla, porque un pensamiento dulcísimo y enervante había cruzado por su mente como un hálito cargado de esperanzas, entreviendo un mundo nuevo.

Su alma, virgen todavía de ilusiones hogareñas, se abría como una granada a este imprevisto despertar de todo su ser, propicio a los nuevos anhelos sentimentales, que sentía bullir en su corazón como un repique de gloria.

Entregado a su dura tarea, con una dedicación que le hizo

fundirse con el deber, sirviéndole con todas sus potencias y sentidos, no tuvo tiempo de mirar hacia dentro, de analizar su propia contextura espiritual, sordo a todo rumor que no fuera el del imperativo de su conciencia y el del orgullo de su profesión.

Pero ahora, de pronto, todo había cambiado. Su personalidad se desdoblaba incomprensiblemente y, sin claudicar de sus recias virtudes ni de su ética profesional, se sentía apto para una nueva vida, en la que tendrían plena adecuación la austeridad, rigidez e inmovibles principios normativos de su recta conducta, con las mieles de este vivo rosicler de la aurora sentimental que se le anunciaba bajo tan halagadores auspicios.

No se atrevió a seguir el diálogo, ni intentó siquiera analizar sus emociones. Tiempo tendría cuando *Miss* Calvert abandonara el sanatorio.

Sin embargo, todo su ser se estremeció al conjuro de las palabras de la artista. Un torbellino de frases quería afluir a sus labios, y una tempestad de encontradas sensaciones se agitaba en su corazón.

Pero, como ocurre siempre con los grandes y profundos sentimientos, no acertaba a expresar con palabras el que ya palpitaba en los entresijos de su alma.

Temiendo no poder contener sus impulsos, y comprendiendo que ni el momento ni el lugar permitían mayores expansiones, se levantó como anonadado, y musitó una despedida atropellada y balbuciente, a la que Fanny correspondió con una sonrisa harto comprensiva y, tal vez, no exenta de la misma emoción.

—Adiós, Sullivan. Ya nos veremos, ¿verdad?

—Ya lo creo, *Miss* Calvert. ¡No faltaba más...!



1.º CENTENARIO TRIUNFAL
del
F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebrará cumplidamente la publicación del número 100 de su magnífica e inigualable

Colección F. B. I.

y hará partícipe del éxito a sus lectores asiduos, brindándoles la mejor novela que nunca se ha editado, con las siguientes características:

TÍTULO: YO, DIRECTOR del F. B. I.

AUTOR: ALF MANZ

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLETA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I., JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIENDOSE FIEL Y EMOTIVAMENTE EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL F. B. I.

ENCARGUE ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO EL GRAN EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INVOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

NOVELISTAS de HOY

es la magnífica colección de obras inéditas
creada por

EDITORIAL ROLLAN

LA EDITORIAL DE LOS EXITOS

NOVELISTAS de HOY

reúne el más selecto plantel de escritores de fama internacional, que han escrito expresamente para esta Colección maravillosas novelas de intensa actualidad.

OBRAS PUBLICADAS:

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja,
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO,
por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO, EL INCOMPRENDIDO,
por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA,
por Dario Fernández-Flores.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO,
por Castán Palomar.

Precio del ejemplar: 5 ptas.

De venta en los buenos quioscos y librerías.

SUSCRIPCIONES a

EDITORIAL ROLLAN - SAN BERNARDO, 69 - MADRID

Próximo número de la Colección

F. B. I.

UNA SOMBRA...

En la oscuridad de la gran ciudad, una silueta humana se desliza con fines sangrientos. Nadie sabe lo que va a ocurrir de un instante a otro, pero todos temen ser señalados como víctimas de... Sin duda alguna, esta es la mejor obra del aclamado y veterano

O. C. TAVIN

Ptas. 5

NOTAS

[1] Sois un desvergonzado. (N. del T.). < <

[2] Sin novedad. (N. del T.). < <

[3] «¡Buenos días!». (N. del T.). < <